

3R-6538

63435877
2487539

La Gaceta Literaria

íberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

Año IV Madrid, 15 de Marzo de 1930 Núm. 78

Redacción y Administración:
PRINCIPE DE VERGARA, 42 v 44
Donde debe dirigirse toda la correspondencia
Se reciben suscripciones
en las principales librerías

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

30 CENTIMOS

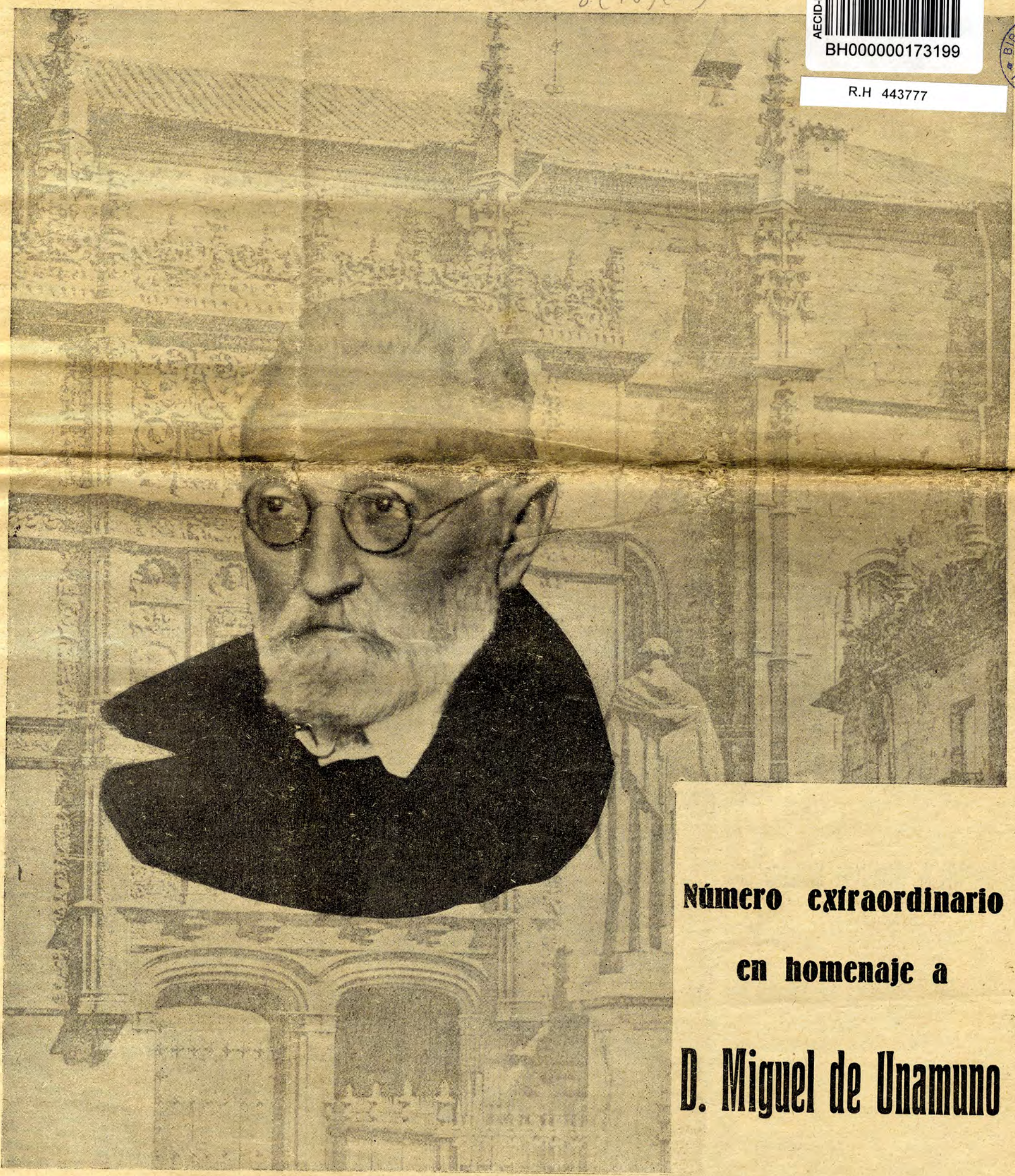


SUSCRIPCIÓN { España y Países del Convenio postal Hispano americano... 7,50 ptas
ANUAL..... Extrajero..... 10,00 —
ANUNCIOS DE { 75 cts. la línea del cuerpo 8
TARIFA..... Pólizas de suscripción Descuentos: trimestre, 10%
— semestre, 15%
— anual, 20%

8(46)(05)



R.H 443777



Número extraordinario
en homenaje a
D. Miguel de Unamuno

Editorial

Quando un intelectual, un universitario de alto fuste, llega a un determinado punto de su vida—en fama, años y magistratura—, suele el mundo europeo consagrarle el mejor de los homenajes: un volumen de admiraciones permanentes, escritas por sus discípulos y amigos y sus colaboradores de tarea científica o literaria. Tenemos en España memorables homenajes de este orden: a Menéndez Pelayo, a Menéndez Pidal.

Las circunstancias históricas españolas han hecho en estos momentos factible la coyuntura de Miguel de Unamuno para que sus discípulos, amigos y colaboradores integren un monumento en su honra—más duradero que los de bronce y mármol—: este del papel impreso, de la veneración voluminada.

Modesto este monumento, pero los editores de LA GACETA LITERARIA no disponen de otras fuerzas superiores. Atentos a su deber patrio de acechar los niveles literarios del país y de exaltar los máximos en los máximos momentos de atención de nuestro público, ha creído éste el instante de colocar la figura de Miguel de Unamuno sobre el pedestal de los homenajes puros, esto es, de papel impreso. Nuestras mayores satisfacciones serán estas dos: que Miguel de Unamuno acepte tal tributo y que el lector mundial de Miguel de Unamuno pueda hallar para el porvenir, en este número de LA GACETA LITERARIA, el mejor itinerario (devocionario) sobre tal figura española, la mejor guía salvadora, cuando los años caigan sobre los años y los días y las obras y los hombres quieran borrarse del tiempo.

Biografía de Miguel de Unamuno

Nace en Bilbao, de familia y origen vascos, el 29 de septiembre de 1864. Cursa la primera y segunda enseñanzas en su villa natal. En 1880 pasa a Madrid para cursar Filosofía y Letras. Desde 1884 hasta 1891 se dedica a la enseñanza privada en Bilbao, y en este último año gana por oposición la Cátedra de Lengua y Literatura Griegas en la Universidad de Salamanca. En 1901 fue nombrado Rector de la propia Universidad, y al mismo tiempo se le encarga, por acumulación, la Cátedra de Historia de la Lengua Castellana. En 1914 es destituido del Rectorado. Posteriormente se le elige Vicerrector, y ejerce durante año y medio el Rectorado vacante. En febrero de 1924 es deportado a la isla de Fuerteventura, por la dictadura de Primo de Rivera. Un año después, pasa a Francia, residiendo en París primeramente y en Hendaya después. En 1930, mes de febrero pasado, derrumbada la dictadura, Miguel de Unamuno entra en España y se restituye a su Cátedra de Lengua y Literatura Griegas de la Universidad de Salamanca.

Bibliografía de Miguel de Unamuno

I.—OBRAS DE UNAMUNO

NOVELAS

PAZ EN LA GUERRA.—Fernando Fe, Madrid, 1897. 349 páginas.
 AMOR Y PEDAGOGÍA.—Henrich y Cia. Barcelona, 1902.—269 páginas.
 EL ESPEJO DE LA MUERTE (novelas cortas).—Renacimiento, Madrid, 1913.—232 páginas (27 cuentos breves).
 NIEBLA.—Renacimiento. Madrid-Buenos Aires, 1914.—313 páginas.
 ABEL SÁNCHEZ: UNA HISTORIA DE PASIÓN.—Renacimiento, Madrid, 1917.—233 páginas.
 TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PROLOGO.—Calpe, Madrid-Barcelona, 1920.—167 páginas. (De la tercera novela, *Nada menos que todo un hombre*, hay arreglo dramático por Julio de Hoyos, con el título de *Todo un hombre*.—Madrid, 1925.—75 páginas.)
 LA TÍA TULA.—Renacimiento, Madrid, 1921.—207 páginas.

POESÍAS

POESÍAS.—Imprenta de Rojas. Bilbao, 1907.—360 páginas.
 ROSARIO DE SONEOS LÍRICOS.—Imprenta Española. Madrid, 1911.—291 páginas.
 EL CRISTO DE VELÁZQUEZ (poema).—Calpe, Madrid, 1920.—170 páginas.
 DE FUERTEVENTURA A PARÍS: DIARIO ÍNTIMO DE CONFINAMIENTO Y DESTIERRO VERTIDO EN SONEOS.—Editorial Excelsior. París, 1925.—170 páginas.

ENSAYOS

DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR EN ESPAÑA.—Revista Nueva, Madrid, 1899.—VIII; 112 páginas.
 TRES ENSAYOS: ¡ADENTRO!, LA IDEOCRACIA, LA FE.—R. Serra. Madrid, 1900.—(Reimpresos en *Ensayos*, t. II.)
 EN TORNO AL CASTICISMO.—Fernando Fe, Madrid, 1902.—(Reimpreso en *Ensayos*, t. I.)
 PAISAJES.—Colección Colón, vol. V. Salamanca, 1902.—69 páginas.
 DE MI PAÍS: DESCRIPCIONES, RELATOS Y ARTÍCULOS DE COSTUMBRES.—Fernando Fe, Madrid, 1903.—159 páginas.
 VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada.—Renacimiento, Madrid, 1905.—Segunda edición, adicionada con un nuevo ensayo, *El sepulcro de Don Quijote*.—Renacimiento, Madrid, 1914.—326 páginas.
 RECUERDOS DE NIÑEZ Y DE MOJEDAD.—Victoriano Suárez y Fernando Fe, Madrid, 1908.—223 páginas.
 MI RELIGIÓN Y OTROS ENSAYOS BREVES.—Renacimiento, Madrid, 1910.—223 páginas (23 ensayos).

TOMO V: *Almas de jóvenes. Sobre la filología española. ¡Plenitud de plenitudes y todo plenitud! El perfecto pescador de caña después de leer a Walton. A lo que salga. Sobre la soberbia. Los naturales y los espirituales. Sobre la lectura e interpretación del "Quijote"*.—233 páginas.

TOMO VI: *¡Ramplonerías! Soledad. Sobre la erudición y la crítica. Poesía y praloría. La crisis actual del patriotismo español. Sobre el rango y el mérito. La patria y el ejército. ¿Qué es verdad?*.—247 páginas.

TOMO VII: *Más sobre la crisis del patriotismo. El secreto de la vida. Sobre la consecuencia, la sinceridad. Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana. Sobre la europeización. Sobre la tumba de Costa*.—223 páginas.

ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS.—Renacimiento, Madrid, 1922.—287 páginas.

LA AGONÍA DEL CRISTIANISMO. (En prensa).

ENSAYO DRAMÁTICO: FEDRA.—Madrid, 1924.

ENSAYOS SUELTOS: GANIVET, FILÓSOFO, en *Angel Ganivet*, por F. Navarro Ledesma, Miguel de Unamuno, Azorín y C. Román Salamero.—Librería Serred. Valencia, 1905, páginas 35-44.

RIZAL, en *Vida y escritos del Dr. José Rizal*, por W. E. Retana.—Victoriano Suárez, Madrid, 1907, págs. 475-498.

SILVA, en *Poesías de José Asunción Silva*.—Editorial Maucci. Barcelona, 1910, págs. 5-17.

DON QUIJOTE BOLÍVAR, en *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur*, por los más

velle *Revue française*. París, 1927.—396 páginas.

L'ESSENCE DE L'ESPAGNE: CINQ ESSAIS. (EN TORNO AL CASTICISMO).—Traduit de l'espagnol par Marcel Bataillon.—Plon-Nourrit et Cie. París, 1923.—IX-301 páginas.

PAGES CHOISIES DE MIGUEL DE UNAMUNO.—Preface, traduction et notes de Maurice Vallis. J. Povolozky et Cie. París, 1923.—152 páginas.

L'AGONIE DU CHRISTIANISME.—Traduit du texte espagnol inédite par Jean Cassou.—F. Rieder et Cie. París, 1925.—163 páginas.

TROIS NOUVELLES EXEMPLAIRES ET UN PROLOGUE.—Traduction de Jean Cassou et Mathilde Pomés, précédé d'une introduction de Valéry Larbaud.—Simon Kra. París, 1926.—209 páginas.

THE TRAGIC SENSE OF LIFE IN MEN AND IN PEOPLES.—Translated by J. E. Crawford Fitch. With an Introductory Essay by Salvador de Madariaga.—Macmillan & Co. London, 1921. XXXVI-332 páginas.

ESSAYS AND SOLILOQUIES.—Translated with an Introductory Essay by J. E. Crawford Fitch. Alfred A. Knopf. New York, 1925.—XII-244 páginas.

NOTHING LESS THAN EVERY INCH A MAN, en *The Best Continental Short Stories of 1924-1925*. Edited by Richard Eaton.—Small Maynard and Co. Boston, 1925; págs. 425-494.

MIGUEL DE UNAMUNO: GESAMMELTE WERKE (Meyer und Jessen), München, 1925: Band I. *Das tragische Lebensgefühl*, mit Einleitung von E. R. Curtius: XIII-413 páginas. Band II. *Abel Sanchez, die Geschichte einer Leidenschaft*: 169 páginas. Band III. *Der Spiegel des Todes*: 238 páginas.

III.—TRABAJOS CRITICOS

"Andrenio" (Eduardo Gómez de Baquero): *Unamuno novelista*, en "Novelas y novelistas".—Madrid, 1918, págs. 271-280.

Idem: *Unamuno*, en "El renacimiento de la novela en el siglo XIX".—Madrid, 1924, páginas 155-158.

Idem: *De Gallardo a Unamuno*.—Madrid, 1926, páginas 235-247.

Beardsley, W. A.: *Don Miguel*, en "The Modern Language Journal".—1925, t. IX, páginas 353-362.

Bell, Aubrey F. G.: *Unamuno*, en "Contemporary Spanish Literature".—New York, 1925, páginas 233-244.

Cansinos Assens, R.: *Don Miguel de Unamuno*, en "La nueva literatura" (segunda edición).—Madrid, 1925, t. I, págs. 49-70.

Cejador, Julio: *Unamuno dramático*, en "La Tribuna".—Marzo-abril, 1928.

Clyne, Anthony: *Miguel de Unamuno*, en "London Quarterly Review".—1924, Series 5, tomo XXVII, págs. 205-214.

Corthis, André: *Avec Miguel de Unamuno à Salamanque*, en "Revue des deux mondes", septième période, t. XXI, págs. 168-188.

Curtius, Ernest Robert: *Über Unamuno*, en "Die Neue Rundschau".—Februar, 1926, páginas 163-181.

Fitch, J. E. Crawford: *Introductory Essay*, en su citada traducción de *Essays and Soliloquies*, págs. 3-29; semblanza literaria excelente.

García Calderón, V.: *En la verbena de Madrid*. París, 1921, págs. 48-56.

González-Blanco, Andrés: *Miguel de Unamuno*, en "Los Contemporáneos", primera serie.—París, 1907, págs. 74-145.

Legendre, Maurice: *Don Miguel de Unamuno*, en "Revue des deux mondes" (1922), serie 7, tomo IX, págs. 667-684.

Levi, Ezio: *Unamuno romanziere*, en "Nella Letteratura Spagnuola Contemporanea".—Firenze, 1922, págs. 3-12.

Madariaga, Salvador de: *Introductory Essay*, en la citada edición inglesa de "The Tragic Sense of Life", págs. IX-XXXII: el mejor estudio crítico sobre Unamuno.

Olmsted, Everett Ward: *A Modern Spanish Mystic*, en "The Nation".—New York, tomo XCIV, núm. 2.431, págs. 104-106.

Papini, Giovanni: *Miguel de Unamuno*, en "Stroncare" (5.ª edición).—Firenze, 1916, páginas 335-343.

Pomés, Mathilde: *Miguel de Unamuno*, en "Vie des peuples".—París, 1922, t. VI, páginas 833-840.

M. Romera-Navarro: *Miguel de Unamuno, novelista, poeta, ensayista*.—Madrid, 1928.

Salaverría, José María: *Unamuno*, en "A lo lejos: España vista desde América".—Madrid, 1914, págs. 159-164.

Saldaña, Quintiliano: *Mentalidades españolas: I. Miguel de Unamuno*.—Madrid, 1919.—160 páginas; folleto de crítica negativa y mordaz.

Sorel, Julián: *Los hombres del 98: Unamuno*. Madrid, 1917.—158 páginas; folleto anecdótico y satírico.

Val, Mariano Miguel de: *El idealismo español contemporáneo. El idealismo místico: Miguel de Unamuno*, en "Ateneo".—Madrid, 1910, t. IX, págs. 142-158.

Vallis, Luigi: *Miguel de Unamuno e la moral eroica*, en "Scritti e discorsi della grande vigilia".—Bologna, 1924, págs. 111-142.

Vallis, Maurice: *Miguel de Unamuno et le sentiment tragique de la vie*, en "Mercure de France".—1916, t. CXV, págs. 47-60.

Idem: *Miguel de Unamuno*, en "Revue de Paris".—1921, année 28, págs. 850-869.

Verdad, M.: *Miguel de Unamuno*.—Roma, 1925, 37 páginas.

SUMARIO

HOMENAJE A MIGUEL DE UNAMUNO

Editorial, Biografía y Bibliografía de Miguel de Unamuno. MIGUEL DE UNAMUNO: Poesías inéditas.—Los españoles magistrales y Unamuno (juicios de RAMON MENENDEZ PIDAL, SANTIAGO RAMON Y CAJAL, "AZORIN", RAMON DEL VALLE INCLAN, LUIS JIMENEZ DE ASUA, LUIS ARAQUISTAIN, LUIS DE ZULUETA, GUSTAVO PITTALUGA, RICARDO BAEZA, SALVADOR DE MADARIAGA, GREGORIO MARAÑÓN).—RAMON PEREZ DE AYALA: Máscara y acento.—GABRIEL BARRO: Una fotografía de D. Miguel.—LEDESMA RAMOS: Unamuno y la Filosofía.—M. GARCIA BLANCO: Unamuno, profesor y filólogo.—J. FRANCISCO PASTOR: Unamuno y la Historia.—T. NAVARRO TOMAS: Estilo en Unamuno.—"ANDRENO": Una novela resucitada.—RAFAEL ALTAMIRA: Paz en la guerra. E. DIEZ CANEDO: Unamuno y la Poesía. E. SALAZAR Y CHAPELA: Popularidad y gloria de Unamuno.—ANGEL VALBUENA: Unamuno y Canarias.—CESAR M. ARCONADA: Unamuno, gran temperamento.—JUAN ESTELRICH: Unamuno, visto por un catalán.—NOVAES TEIXEIRA: Unamuno y Portugal.—EDDA RHEINHARDT: Unamuno, escultor.—RAFAEL MARQUINA: Gaudí y Unamuno.—RAFAEL ALBERTI: 4 sermones.—JOSE BERGAMIN: Dios, Patria y Ley.—PEDRO SALINAS: Escaleras.—BENJAMIN JARNES: Homenaje.—EUGENIO MONTES: Unamuno y Pascal.—M. FERNANDEZ ALMAGRO: "Fedra", teatro desnudo.—KEYSERLING y CURTIUS: Unamuno y Alemania. JEAN CASSOU: Unamuno y Francia.—G. PAPPINI: Unamuno e Italia.—A. G. F. BELL: Unamuno e Inglaterra.—J. ALVAREZ DEL VAYO: Unamuno y Rusia.—GIL BENUMEYA: Unamuno y los Hebreos.—RUBEN DARIO, R. BLANCO FOMBONA, JOHN DOS PASSOS, ALBERTO GHIRALDO: Unamuno y América. ANTONIO MARICHALAR: La primera, en el pecho.—JENARO ARTHES: Violencia en Unamuno.—ANTONIO DE OBREGON: Unamuno en el destierro.—JOAQUIN ZUAZAGOITIA: Unamuno y Bilbao.—P. MOURLANE MICHELENA: El alma bilbaína de Unamuno.—M. PEREZ MARTOS: A Miguel de Unamuno.—J. M. LUELMO: Saludos a dos aires.—E. GIMENEZ CABALLERO: Colofón.

ESTE NUMERO CONSTA DE VEINTE PAGINAS

POR TIERRAS DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA.—Renacimiento, Madrid, 1911.—296 páginas.

SOLILÓQUIOS Y CONVERSACIONES.—Renacimiento, Madrid, 1911.—285 páginas.

CONTRA ESTO Y AQUELLO.—Renacimiento, Madrid, 1912.—259 páginas.

EL PORVENIR DE ESPAÑA.—Renacimiento, Madrid, 1912.—170 páginas. (Colección de cartas cruzadas entre Unamuno y Angel Ganivet, y publicadas primero (1897) en *El Defensor de Granada*.)

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA.—Renacimiento, Madrid, 1913.—321 páginas.

ENSAYOS (publicaciones de la Residencia de estudiantes). Madrid, 1916-18:

TOMO I: *La tradición eterna. La casta histórica. Castilla. El espíritu castellano. De mística y humanismo. Sobre el marasmo actual de España*.—223 páginas.

TOMO II: *La enseñanza del latín en España. La regeneración del teatro español. El caballero de la Triste Figura. Acerca de la reforma de la ortografía castellana. La vida es sueño. ¡Adentro! La ideocracia. La fe*.—245 páginas.

TOMO III: *La dignidad humana. La crisis del patriotismo. La juventud "intelectual" española. Civilización y cultura. La reforma del castellano. Sobre la lengua española. La educación. Maese Pedro: notas sobre Carlyle. Ciudad y campo: de mis impresiones de Madrid. La cuestión del vascoque*.—214 páginas.

TOMO IV: *Contra el purismo. Viejos y jóvenes. El individualismo español. Sobre el fulanismo. Religión y patria. La selección de los Fulánez. La locura del doctor Montarco. Intelectualidad y espiritualidad*.—221 páginas.

grandes escritores americanos.—Renacimiento, Madrid-Buenos Aires, 1914, págs. I-XVI.

SECRETOS ENCANTOS DE BILBAO Y EL PASEO DE LOS CAÑOS EN 1846, en *Del espíritu de los vascos*, por Maeztu, Unamuno, Campión, Baroja y Monllane.—Publicaciones de Editorial Vasca. Bilbao, 1920, págs. 57-71.

II.—LIBROS TRADUCIDOS

COMMENTO AL DON CHISCIOTTE. Prima e seconda parte. Prologo dell'autore. Traduzione dallo spagnuolo e note di G. Beccari.—R. Carabba. Lanciano, 1913.—Vol. I, 139 páginas; vol. II, 158 páginas.

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DELLA VITA NEGLI UOMINI E NEI POPOLI.—Parte I. Tradotto dal manoscritto a cura di G. Beccari, con prologo inedito dell'autore. (*La Voce*), Firenze, 1924: VIII-132 págs. Parte II. Traduzione di G. Beccari e O. C. (*La Voce*), Firenze, 1924: 208 págs. (Primera edición de la Libreria Editrice Milanese.—Milano, 1914.)

IL FIORE DEI MIEI RICORDI. (*Recuerdos de niñez y de moedad*).—Traduzione e note a cura di Gilberto Beccari.—A. Vallecchi. Firenze, 1920.—130 páginas.

PERCHE ESSER COSI? *Novelle*: (¿POR QUÉ SER ASÍ? y otros cuentos de Unamuno).—Traduzione di Gilberto Beccari.—Urbis. Roma, 1921.—XII-190 páginas.

NEBBIA: ROMANZO.—Traduzione di Gilberto Beccari, con prefazione di Ezio Levi.—L. Batiselli. Firenze, 1922.—205 páginas.

TREI ROMANZI ESEMPLARI.—Traduzione e introduzione di Maria Puccini.—La Celerissima. Milano, 1924.—164 páginas.

LA SPINGE SENZA EDIPO. (FEDRA).—Prima traduzione italiana di Piero Pillepich, prefazione di Adriano Tilgher.—A. Nicola e C. Milano, 1925.—232 páginas.

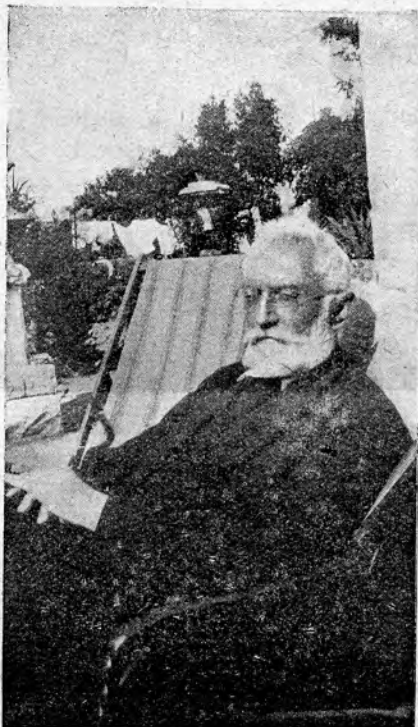
LE SENTIMENT TRÁGICO DE LA VIE.—Traduit de l'espagnol par Marcel Faure-Beaulieu.—Nou-

Poemas inéditos de Unamuno

LA GACETA LITERARIA se honra publicando estos poemas inéditos de Unamuno, primera colaboración en España después de seis años.

Mateo, cap. XIII. II Corán, III, 6.

Mi clásica habla romántica
mi antigua lengua moderna,
eres vejez de edad niña?
eres niñez de edad vieja?
Vino viejo en odres nuevos?
no; sino agua de ribera,
su cauce en el valle verde
canal que riega a la cepa.
Voy a crear el pasado,
mañana que fué no es muerta,
vuelve mi río a la fuente,
la creación es eterna.
El que fuí hace diez siglos
me está enseñando la lengua
con que he de hablar a mi pueblo
cuando otros diez hagan mesta.



El armador aquél de casas rústicas
habló desde la barca,
ellos sobre la grava de la orilla,
él flotando en las aguas.
Y la brisa del lago recojía
de su boca parábolas,
ojos que ven, oídos que oyen gozan
de bienaventuranza.
Recién nacían por el aire claro
las semillas aladas,
el Sol las revestía con sus rayos
la brisa las cunaba.
Hasta que al fin cayeron en un libro
¡ay tragedia del alma!
ellos tumbados en la grava seca
y él flotando en las aguas...

Niño viejo, a mi juguete,
al romance castellano,
me dí a sacarle las tripas
por mejor matar mis años.
Mas de pronto estremeciése
y se me arredró la mano
pues temblorosas entrañas
vertían sonoro llanto.
Con el hueso de la lengua
de la tradición, badajo,
miserere, ave María
teñían en bronce santo.
Martirio del pensamiento,
tirar palabras a garjío!
juguete de niño viejo!
lenguaje de hueso trágico!

Bízname con tus palabras,
Señor! Cosas... cosas... cosas...
sombras no más de palabras
no más sombras... sombras... sombras...
La palabra luz de fuente
y en la hora de las horas
Tú al pie de Adán, a que cree
el mundo al poner la norma
del Hombre, de la Metáfora
a cada una de las cosas.
Y entonces sí que supiste
que era bueno ¡cosa hermosa!
Llegó la tarde suprema
de redondearse tu obra
cuando la Santa Palabra,
condenada y redentora
fué puesta en Cruz, Diccionario,
y le arrollaste Corona!

Sr. D. Pedro Jaimes Rodríguez
No resisto más, mi querido amigo, y eso que no quiero dar ni cosa
poco importante. Llevando un mayor poquito - mientras una extenuada censo
ra cortésame me este pendiente trabar, he oyo seis años poeun tar
expresado de los... no se asuste usted, 1.277 - inculcamos no son
mas que un cantar, una cuarteta - que componen mi "Cancionero de la
tristeza" que he cerrado con uno, el 1.277 que hice en Salamanca al
volver a ella después de más de seis años, y es el único que he
hecho después de mi repatriación lo difícil de eso, elegir.
Como usted le envío algunos de aquellos en que evoco el poder de
la palabra, del lenguaje, que es el que hace toda poesía. Solo
me la envío de visiones - siempre visiones lingüísticas - de ciudades,
y es Toledo, luego Ávila, Segovia, Zamora, Madrid de los Albreros
Lisboa, Granada, Vitoria, Oviedo, Guernica, etc, etc, etc. En un po
quito con todo lo que había era agonizando, en los últimos meses
de un destierro frontizo lo aconsonantaba procurando enforti
la frase, no perder la línea - hasta hay una retórica que salva
a la poesía de una pobreza mortal - y que, ella, saliera densa por
fuerza pues el agua corriente pesa más que los tiempos de
huelo y además salta las piedras
y ahora no le hablo de otras cosas. Aquí, espero a que
los más descriptos de los técnicos, que son los técnicos jurídicos
- sobre todo si son los ocratas - se den cuenta de que la pre
sencia no tiene más camino que el de la verdad
Torbe man su amigo es

TOLEDO

Sueña como queda el Tajo,
no te despiertes, Toledo,
deja pasar las veladas,
sigue durmiendo tu sueño.
Mira a Florinda la Caba
perderse en coso de espejo
que Don Rodrigo en sus ojos
perdióse y perdió a su pueblo.
Sueña con nebradas de ánimas
en los barrancos del cielo
al claror de los relámpagos
que, Josué, detuvo el Greco.
El imperio de la muerte
te dará, imperial Toledo,
la vida que nunca acaba,
de Dios el último sueño.

Salamanca
11 III 30

Alguerd el...

Con el cante jondo, gitano,
tienes que arrasar la Alhambra,
no le hacen falta a la zambra
palacios hechos de mano.
Que basta una fresca cueva
a la vera del camino,
tienes el cante por sino
que a tus penitas abreva.
Tienes el sol por hogar,
tienes el cielo por techo,
tienes la tierra por lecho,
por linda tienes la mar.

Unamuno y los españoles magistrales

Un saludo al repatriado.
Con la vuelta de Unamuno a España parece que ésta se recobra a sí misma.

RAMÓN MENENDEZ PIDAL

Considero a D. Miguel como un escritor fuerte, rebotante de cultura selecta, de gran originalidad y de insuperable independencia crítica. Y, cosa rara en España, el carácter vale tanto en él como el literato y el pensador.

SANTIAGO RAMON Y CAJAL

Conozco a Unamuno desde hace treinta y dos años; lo leo siempre con gusto, algunas veces, con emoción. Un muro de sillares gastados en el viejo reino de León, y una estrofa de Unamuno; la fina sombra de un álamo solitario, en un atardecer primaveral de Castilla, y el minuto que pasa; el horizonte claro y radiante, allá en la lejanía, y el concepto de eternidad. De pronto, en la noche, el vuelo blando y elástico de un buho; un buho con espejuelos de concha y una barbita blanca. Un buho que va revolando entre la eternidad, el minuto fugaz, la muerte, la vida y las formas que desaparecen para no volver nunca.

AZORIN

Don Miguel de Unamuno era, antes, para mí, uno de los primeros escritores de lengua española, no de hoy, sino de todos los tiempos. En esta hora de mengua nacional, su alta categoría literaria queda oscurecida por sus virtudes ciudadanas, y se me aparece como el único Grande de España. Don Miguel de Unamuno, Prior de Iberia: ¡Salud!

VALLE-INCLAN

En la literatura universal no creo que haya actualmente figura más interesante que la de Miguel de Unamuno.

JACINTO BENAVENTE

Miguel de Unamuno y José Ortega Gasset son las dos figuras más ingentes en las letras hispanas. La significación de cada uno es, empero, bien distinta. Ortega es la antena vibrante a los aires de Europa; es la modernidad entre nosotros. Ortega es un finísimo europeo de selección caído en nuestra España. Unamuno es el cogollo de la raza; es la eternidad del españolismo. Unamuno es un recio y entrañable español excepcional, hijo de la propia esencia de nuestra España.

Escribir sobre Unamuno, reducida la empresa de la pluma comentadora a la estricta dimensión literaria, es harto difícil. Sus libros son la antítesis de los que escriben los "literatos puros". Lejos de estar deshumanizados, corre por sus nervios de tinta impresa la vida inmensamente compleja, con sus heterogéneas facetas sociales, religiosas, políticas. Unamuno ha probado con su conducta de hombre civil que esas tajantes separaciones entre el literato, el profesional o el técnico, y el armazón humano que sustenta al abogado, al médico o al escritor, son indignos subterfugios inventados para justificar la falta de limpie-

za de los que tienen la cerviz dócil y el estómago insaciable.

LUIS JIMENEZ DE ASUA

Madrid, 25 de febrero de 1930.

Poeta, novelista, dramaturgo, filólogo, ensayista, filósofo, D. Miguel de Unamuno es el más proteico de los escritores españoles y en el fondo una sola cosa: un gran lírico. Unamuno continúa la tradición, de tan honda estirpe española, del subjetivismo absoluto, que culminó en la mística. Unamuno lo ha subjetivizado todo, yoizando, unamunizando el mundo circundante: la historia, la política, la justicia, el arte, la naturaleza, los personajes de sus dramas y novelas, que son siempre él mismo. Y siempre de un modo genial, con un vigor de pensamiento y de estilo que acaso nadie le iguale hoy en el mundo.

Pero así como hay escritores que parecen—por un espejismo mental—estar por debajo de su obra, como si la hubieran producido por un milagro, tal Cervantes en relación con el Quijote, dijérase que en otros la personalidad—el conjunto de sus potencias—está por encima de la obra, sin agotarse nunca en ésta. Hay escritores en quienes no importa tanto lo que dicen como la manera y el acento con que lo dicen. De éstos es Unamuno. Y ésta es la marca del gran escritor de raza.

Yo siento como el que más las injusticias sufridas por Unamuno durante la dictadura de Primo de Rivera; pero ha sido consolador ver que, a su término, la España más juvenil, liberal y dinámica se ha sentido representada, como por ningún otro hombre, por el gran poeta, y precisamente por serlo. Pese a Platón, no sólo no se ha podido desterrar aún a los poetas de la república, sino que en ciertos momentos son sus hombres más representativos y pueden ser sus jefes. ¿Qué es, después de todo, Masaryk, el Presidente de la República checoslovaca, sino un poeta de la vieja y rediviva nacionalidad bohemia? También Unamuno es el poeta, es decir, el adivino de la vieja y al mismo tiempo virginal nacionalidad española, sometida a imperios interiores, y en él se ha polarizado, a su retorno del destierro, el sentir de la España irredenta, personificando en él la suprema soberanía: la del intelecto.

LUIS ARAQUISTAIN

Es un pliego de papel, ya amarillo, con este membrete: "El Rector de la Universidad de Salamanca." A continuación, la fecha: 27 noviembre 1903. Debajo, líneas apretadas de una letra clara, fina y fuerte. Al final, la firma: "Miguel de Unamuno."

Si un libro es antiguo a los cincuenta años, una carta envejece cuando pasa un lustro. ¿Melancolía?... ¿Cómo sonarán hoy esas palabras, ahí dormidas hace más de un cuarto de siglo?

P "Y aquí no nos redimiremos individualmente sino olvidándonos de nosotros mismos para enterrar nuestras almas en esta pobre España, como sillares de los cimientos de la futura España espiritual..."

"Siembre y siembre a manos llenas y no vuelva la vista a la sementera, sino siga sembrando; tenga fe en que alguien se cuidará de hacerla florecer y fructifi-

car. Tenga fe y tener fe no es creer en tal o cual principio, sino abrigar la confianza en que nada se pierde... Obre como si el Universo tuviese un fin y contribuirá a la existencia del fin..."

¿Melancolía?... No. Hay cosas que nunca suenan a viejas porque son eternas. No palidecen con el tiempo. Ahí está D. Miguel, por su parte, hoy cómo ayer, sembrando, sembrando a manos llenas. No vuelve los ojos atrás. Tiene fe, esa fe verdadera que se pierde y se recobra cada día, y sabe que alguien hace germinar las semillas bajo la tierra, y que los verdes tallos que hoy no ve, los verá mañana.

Hoy como ayer, dos cosas llenan el alma de Unamuno: el porvenir de España y la finalidad del Universo. En ambas tiene fe, y Dios sabe que su confianza no será frustrada. En la acrópolis de la ideal España, su alma constituye, en verdad, uno de los grandes sillares que la cimentan. Su alma vibrante y ardiente cual una llama, hoy lo mismo que ayer. Y lo mismo que hoy, mañana, y al cabo de los años, y de los siglos, porque la llama es inmortal, y no es un sueño la finalidad del Universo, y tiene la vida un sentido de eternidad...

LUIS DE ZULUETA

Días de Salamanca del año 1913. El siglo XX todavía prendido en la parábola del siglo XIX. Todavía, en las almas, un remanso de quietud—sosiego, "loisir", placer de las cosas abstractas—. Pero ya una extraña intuición de violencias próximas. Un año después, la guerra. Y ahora, Unamuno. Unamuno: nubes en perenne actitud de tormenta, en un cielo azul sobre una campiña amarillenta, requemada por el sol. Nunca un hombre me pareció representar con mayor intensidad de gestos simbólicos y de actitudes extremas el drama espiritual del tránsito entre uno y otro siglo, entre una época y otra. Porque en su alma se concentra, en la crisis del tiempo, toda la historia de España, desde el Cid hasta la guerra de Cuba, y toda la visión del porvenir de España, desde la conquista de América hasta la plena conquista de la libertad.

GUSTAVO PITTALUGA

La falta de tiempo no me permite sino resumir mi opinión sobre D. Miguel de Unamuno. Literariamente, me atrevo a creer que hemos de ser legión los que, dentro y fuera del oficio, le tenemos por la más considerable figura de nuestro actual panorama literario. Profundamente representativo, además, del espíritu español, a la manera de un Quevedo, y con todas las cumbres y hondonadas que la representación trae consigo.

El único servicio prestado a las letras españolas por la desaparecida dictadura—que tantas pruebas diera de su hostilidad a la cultura y su odio al pensamiento—fué el destierro y execración de D. Miguel de Unamuno, que atrajeron sobre él y su obra la atención del mundo civilizado, convirtiéndolo en una figura europea. Una torpeza política tal, que en seguida se nos viene a la memoria el precedente de Víctor Hugo desterrado—también la mayor necedad del segundo Imperio—, del mismo modo que su triunfante retorno a España recuerda

la apoteosis en París del autor de *Les Chatiments*, sin duda, después de los cañones prusianos, el más formidable ariete esgrimido contra "Napoleón el Pequeño".

Pero de desear sería que el gran don Miguel, accediendo a darse cuenta de la realidad nacional, y prescindiendo de los personalismos que hasta ahora han gobernado con exceso su actuación política, resultara una esperanza más segura para la izquierda española que lo fuera Víctor Hugo para la francesa y nos diera motivo para seguirle políticamente con tanto fervor como ya literariamente le seguimos.

RICARDO BAEZA

Bagaría representó una vez a Unamuno como un mochuelo. Certera penetración del carácter. Porque todo este torbellino de vitalidad está atravesado por la inmovilidad absoluta de dos ojos clavados en la noche espiritual. Y esta intensa mirada fija en el misterio es el eje de acero en torno al cual el espíritu de Unamuno gira y regira desesperadamente: la unidad de su multiplicidad; el fuego único de todas sus pasiones; la única inspiración de su vida y de sus obras.

SALVADOR DE MADARIAGA

Unamuno representa—entre tantas otras cosas—el reactivo para la moji-gatería nacional. Ha llegado a extremos inverosímiles la timidez de los españoles frente a la vida pública. No sólo gran parte del vulgo—hay también un vulgo excelente en España—, sino hasta muchas gentes bien dotadas, se estremecen ante cualquier gesto que tenga personalidad propia y rebasa los cauces ridículos por donde corre la vida media del español.

El pensamiento y el ademán de Unamuno parecen desaforados a esos espíritus encogidos que forman—cada día lo compruebo con creciente pavor—la parte más importante del país. Escapa a su miopía mental, que Unamuno es ya un clásico y lo fué siempre. Y que su aparente rebeldía es la legalidad verdadera, la de la vida. Mientras que la normalidad silenciosa de los otros, es profundamente destructiva y aniquiladora: como que es la compostura de la muerte, bajo cuya serenidad pululan los gusanos.

Hace unos meses escribía yo: "¿Quién duda que de nuestra España de ahora, Unamuno perseguido y desterrado, sobrevivirá a los hombres que hoy ocupan el Poder? La cabeza solitaria que asoma sus canas sobre las bardas de la frontera, prevalecerá ante los siglos venideros sobre el poder de los que tienen en sus manos la hacienda y el honor de los españoles."

Y "el orden", debí haber añadido. Aquellos representaban lo que los fariseos llaman "el orden". Y Unamuno personificaba para ellos el revoltoso y desordenado.

Pero ya se ve—y apenas han pasado dos meses—que el orden eterno, que pasa del pasado al porvenir, como un puente bajo el cual corren a perderse en el olvido tantas aguas turbias, se apoyaba, en nuestro país y en nuestro tiempo, sobre esta cabeza venerable y constructiva, que asusta a los ñoños: porque la luz es también una revolución peligrosa para las cucarachas.

G. MARAÑON

Ramón Pérez de Ayala

UNAMUNO

Gabriel Miró

Máscara y acento

Es mucho Unamuno para encerrarlo en una ficha definitiva y definitiva, ni en la clasificación somera y sumaria de un esquema rígido, ni en un uniforme hilvanado con unas cuantas cuartillas, más que uniforme hoja de parra, que no viste ni tapa, ni significa la vida intraparadisíaca ni la extraparadisíaca, ni alude, ya por excesiva ya por insuficiente, a la desvergonzada inocencia ni a la malicia vergonzosa, ni podría servir de etiqueta para este varón, varón ante todo, ingenuamente incompatible con toda hoja de parra o uniforme. Incluir a Unamuno en unas cuartillas equivaldría a incluir un río en un frasco cuentagotas. Hay escritores cuentagotas. Unamuno es un escritor-río. El río es siempre diverso.

La majestad del río es de una monotonía casi hipnótica. Pero su fluencia es incesante. No podéis bañaros dos veces en las mismas aguas del mismo río; a cada instante, las aguas son ya otras. Lo que permanece constante es el cauce y el derrotero, hacia el mar, que es el morir. Unamuno es el río, consciente de su derrotero finito, que con el pensamiento desanda lo andado y revierte aguas arriba hacia su manadero infinito. En cuanto al cauce y derrotero, esto es, en cuanto al juicio jerárquico y formal sobre Unamuno escritor, todos, con discrepancia levisima, estamos conformes. Para mí, y para muchos otros, es *primus inter pares*, el primero entre esa galaxia del 98, compuesta de escritores de primera magnitud: Azorín, Baroja, Benavente, Ganivet, Grandmontagne y Valle-Inclán. Para cualquiera, aun sus adversarios resentidos, Unamuno, si no el primero entre pares, es par de los primeros. Pero lo importante en Unamuno es el caudal, el contenido, el hombre. Su literatura es el hombre mismo, es su propia alma desnuda; un alma en fluencia patética, como el río; o sea, un alma trágica; o sea, un alma que se desvive por retener, asumir y salvar todo cuanto en ella se refleja, de modo transitorio necesariamente, y por tanto un alma en dólente proceso de problema perdurable.

Para el alma de Unamuno todo lo que existe, real o prematuro, es objeto de pasión y se trasmuta en problema vivo, personal e íntimo; no ya las ecuánimes ideas o los estímulos emotivos, sino también las formas perennes. La religión de Unamuno es su problema personal de Dios, o si se quiere el problema angustioso de su Dios personal, su "agonía" con, por o hacia su Dios; no el motor inmóvil, causa de las causas, razón suprema y Padre universal de los mortales, sino el Dios de y para él, Unamuno: el inmortal seguro. La política, para Unamuno, es el problema de su España, no tanto la madre común de los demás españoles cuanto "su hija", la de él, como él mismo gusta de reiterar. Otro tanto con las formas. Desde que comenzó a escribir, Unamuno se propuso no el problema del lenguaje, sino de su lenguaje, creado por él, de continuo, y originado en él; lenguaje, en consecuencia, no por muy castizo menos personal, ni por muy popular menos noble. Cuando Unamuno hubo de aplicarse a escribir poesía, o novela, o drama, no ha querido producir una obra más, conforme al patrón establecido para ciertos géneros literarios, sino que ha comenzado por encararse con la novela, el drama o la poesía como problemas específicos y personales. Empleando una imagen sartorial pudiéramos decir que los géneros literarios sólo le sirven a Unamuno para hacerse trajes a la medida, y no según la moda, sino según su gusto. Lo esencial es que el género literario no disfrace, disimule ni oculte la persona del autor, antes bien la revista, realce y revele: corroboración de desnudez. Todos los rasgos apuntados, aunque no en gradación tan sabida, son típicos del ingenio hispano. Por eso, Unamuno es un escritor español representativo. Además, por su repugnación a la moda resulta Unamuno, sin quererlo, un autor muy a la moda, puesto que en nuestros días la moda literaria estriba en huir de la moda. La mayor parte, los cuitados, por huir de la moda convencional de ayer caen en la moda convencional de hoy. El único procedimiento para huir de todas las modas huidizas consiste en acogerse a la propia personalidad. No otro es el secreto; inalienable poseer personalidad. Pero Unamuno es, sobre todo, un autor moderno representativo, a la vez que un español representativo. El espíritu moderno, al igual del de Unamuno, es un espíritu en fluencia, trágico, que ha tomado sobre sí la tarea de "recrear" (vocablo puesto en circulación por Unamuno) el universo y de trasponer en problema vivo y apasionado la realidad íntegra; el mundo de la materia, el de las ideas, el de las normas, el de los sentimientos y el de las formas: física, filosofía, ética y política, psicología y estética. En conclusión, por ser un alma trágica, inspira Unamuno irresistible simpatía y amor. Una manera de amor que se confunde con el amor propio, porque amándole exaltamos egoístamente lo más sustancioso y profundo de nosotros mismos: nos amamos en su su espejo. He aquí la lección de Unamuno, maestro de egoísmo.

Aristóteles no dice—como de ligero se repite—que el personaje trágico mueva a lástima, sino a simpatía y amor. "Simpatía" vale tanto como padecer de consuno; contagio apasionado. Con Unamuno padecemos la tragedia del yo inteligente y lacerado. El delito mayor del hombre es haber nacido. Esta tragedia es de todos los lugares y de todos los tiempos. Por eso Unamuno, sobre español y moderno, es superespacial y superactual. Pocos, como él, han hallado la máscara y el acento conviscentes, comunicativos, para la tragedia del Yo. Cuanto acabo de escribir exigiría explicación prolija y lúcida. *Non est hic locus.*

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Una fotografía de don Miguel

Don Miguel lleva en su mano y en su brazo el manuscrito de *El Cristo de Velázquez*.

Acaba de leerlo delante del altar mayor. Esperó que se fuese el conserje del Monasterio. No se marchó el buen hombre sin contarnos que el inmenso retablo, todo de alabastro de Serral, era obra de Damián Formente, por la que pidió 4.060 ducados de oro—12.900 pesetas—y una mula de adehala. Probablemente no le regalarían la mula, porque dejaronle a deber 1.000 ducados.

Los Misterios de la Pasión, los Gozos de Nuestra Señora, los Profetas, los Apóstoles; ángeles, follajes, frutas, azucenas, viñas, pechinas, cornucopias, atributos, todo fué arrancado, mutilado, roto a martillazos; martillazos en la exactitud del primor, porque a ciegas atina el que destruye. El general Van-Halen robó las seis mejores estatuas.

Sentóse D. Miguel en los escalones de un sepulcro del lado de la Epístola, precisamente de un rey poeta, Don Alfonso II de Aragón, que está con hábitos de diácono y corona de laurel.

Leyó D. Miguel, y sus palabras tenían siglos de riquezas. El Cristo suyo, blanco, puro, liso—cordero, alabastro, luz—se quedó para siempre colgado de la hornacina más alta del Cristo roído de Poblet. Y entran las hiedras, los pája-



Unamuno

en el Poblet

ros de los banales y de la soledad, los arqueólogos, los turistas, los aires, los silencios, el firmamento.

—D. Miguel, suba por aquí al techo del claustro de San Esteban...

—Asómese, D. Miguel, desde el dormitorio de los Novicios...

—Llegaremos a lo último del cimborrio y saldremos a la carena del tejado, para ver todo el señorío de los frailes.

Encima de las tejas hay un vial de losas hasta la enorme espadaña sin esquilon. Un grito de la piedra, un anhelo de boca muda, atirantada en el azul.

Don Miguel se queda mirando la coordinación de los recintos del Cister: ocho siglos de claustros, de palacios, de accesorias de la Abadía en escombros y desgarraduras. Y el tiempo, al revés del furor a ciegas de los hombres, ha dejado intactos rasgos y ápices de pureza, para que los sabios definan, reconstruyan y se equivoquen y para que otros ojos recojan la emoción sin mirar al dictado de los sabios.

Montes, campos y hortales de las masías monásticas, ahora de piadosos señores de la desamortización. Algunas de esas fincas de placer siguen ceñidas de muros almenados cistercienses. Dentro, frutas, rosas, avellanados, pinos de 1608, aguas vivas, trozos de mármoles, capiteles, artesones; una cruz como un brocado de piedra, una columna que sirve de puntal de cuadra. Pero esto ya es anecdótico de todas las ruinas venerables, máximo interés para el turista y filosofía melancólica del turista.

Don Miguel contempla estremecido, aleteándole el aire de la espadaña, el aire que pasó por las glorias y los incendios de Poblet. Pero D. Miguel contempla casi rápidamente: lo preciso para él, que ve a costa de su palabra. Y la carne, la piedra, el espacio, se hace verbo. De grandes escritores se dice que son tallistas, músicos, plateros, pintores. Don Miguel *únicamente* es lo que se ha de ser siendo escritor: escritor cabal.

En las piedras y tierras frescas, rojas, eternas, de Poblet miraba, miraba lo preciso y decía. Miraba concretamente hasta los confines, removiendo, *disociando*—según su precepto, para asociar y crear según su palabra. Así toda su obra. El silencio es planicie, ladera, página, y va su palabra hendiéndola y vuelve a pasar—incisos, paréntesis—, y crujen jugosas las raíces en el limpio dental. Después de leerle o de oírle está la anchura mullida de la contemplación con sus volúmenes, sabores, esencias.

Mirar sin disipaciones las cosas inertes, la Historia mostrenca. Todo lo contrario del excursionismo, del turismo literario.

Ese instante de mirar los términos de Poblet para hacerlos suyos desde la corona ciega del cimborrio es el de la fotografía de D. Miguel, con el manuscrito de *El Cristo de Velázquez* en el costado de su corazón. Hace catorce años. Dentro de ese tiempo, un silencio y un horizonte de soledad de muchos años mirando concretamente, esperando, resistiendo. Se han roto en D. Miguel los martillos y ha quedado intacta y pura la preciosa piedra labrada.

GABRIEL MIRO

Unamuno y la filosofía

Es, sin duda, opinión general de las gentes semicultas de nuestro país la de adscribir la obra y la significación de Unamuno a ese círculo de problemas intelectuales que es la filosofía. Creemos que en este punto, como en otras graves mixtificaciones que hasta ahora han hecho peligrar entre nosotros el justo sentido de los valores supremos de la cultura, es ya posible aquí, sin temor alguno a la apreciación errónea, establecer con todo rigor qué sea esto de hacer filosofía. Y, por tanto, de ser filósofo. Sin que nadie pueda advertir propósitos de índole peyorativa, que sería grotesco suponer en nosotros frente a la figura más eminente de que disponemos en esta hora, aspiramos a obtener y demostrar en este artículo cómo don Miguel de Unamuno está bien lejos de ser—y de querer ser, claro—un filósofo, y cómo su obra, su problemática y sus inquietudes son bastante ajenas al genuino carácter de la filosofía.

Es innegable que Unamuno dispone de una riquísima y hasta genial capacidad para las dedicaciones centrales del espíritu, pero a la vez está patentemente indotado para empresas estrictas de filosofía. La tarea filosófica posee una *razón de ser* muy peculiar que la distingue con gran precisión de otras actividades intelectuales cualesquiera. Estimar otra cosa, a más de constituir una confusión anárquica, desvirtúa totalmente la valoración misma que corresponde a esos objetos deliciosos que son los *conocimientos*, y engendra a su vez la trágica impotencia cósmica por la que han perecido todas las culturas.

Vamos, pues, a aceptar la filosofía como una determinada actitud frente al universo, con unos objetos a su vera que a ella exclusivamente le son dados, con unos problemas obtenidos de la significación que informa a la filosofía misma, y por fin con unos métodos que para ella tan sólo son utilizables. La concepción integral del universo que proporciona la visión teórica aquí aludida, y sólo ella, es la filosofía. Ha de conseguir, pues, para nosotros, unos conocimientos dotados, por tanto, de la validez y necesidad que en este género de objetos reside. Si el análisis que hagamos de una cualquiera de las tres o cuatro figuras más eminentes de la actual filosofía—Max Scheler, Heidegger, Hartmann—no nos revela con suficiente evidencia lo que decimos, ahí está la historia misma de la filosofía desde sus primeros vagidos, con su mayor o menor posibilidad de creación genial en las distintas épocas, pero en todas obediente y fiel a esos rasgos primarios que corresponden al saber filosófico.

Al lado de la filosofía hay los desmontadores de la filosofía. Hombres geniales si se quiere, pero que realizan en este aspecto una labor subversiva y profundamente perturbadora. Un ejemplo es Nietzsche. Un ejemplo es también Unamuno. Si bien hay en Nietzsche mayor eficacia para ese debelar filosofías, porque es indudable que conocía mejor que Unamuno los problemas filosóficos—e iba a ellos con saña, a diferencia de Unamuno, que los encuentra al paso, sin querer, observándolos porque se resisten a su ontología mística—y localizaba así con terrible precisión todos los disparos. Pero dispone Unamuno frente a Nietzsche de una profundidad religiosa—y también diríamos metafísica, con las restricciones que luego hemos de señalar—que le permite alzarse sobre los resultados de la filosofía, y denunciar unas insuficiencias radicales que la hieren en esa primaria actitud por ella utilizada para legitimarse. Mas es curioso observar cómo la desaparición de estos desmontadores de la filosofía acontece siempre con posterioridad a la existencia de otros hombres que crean o resucitan la experiencia teórica pura. Así en la cultura griega, que será siempre ejemplo magnífico por lo que tiene de auroral nacimiento de una nueva actitud frente a las cosas, frente al cosmos, la fidelidad básica a que obedecían ya los sabios míticos, desde los creadores de cosmogonías hasta los físicos auténticos que nutrieron después las escuelas presocráticas, es la de un puro especular filosófico.

Llega un momento, sin embargo, en que la máxima jerarquía de los problemas que se despiertan en una cultura no corresponde a los de orden teórico, a cuyo servicio exclusivo está la filosofía, sino a otros distintos, los que sean, y entonces surge este fenómeno que denunciamos, el cual consiste en una pretensión de arrebatar a la filosofía su validez peculiar. O todavía más aún: poner sus métodos y sus conclusiones a las órdenes—he aquí su papel de *ancilla*—de aquellos problemas que la desplazan de las cimas. Es lo acontecido con dos tendencias que frente a la filosofía alcanzaron plena y triunfal manifestación en el siglo XIX. Son, de una parte, el espiritualismo, de índole religiosoteológica; de otra, nada semejantes en sus resortes internos, si bien ambas destructoras de la filosofía, hasta el punto de hacerse con ella incompatibles.

La dedicación filosófica constituye el puro consagrarse a las cosas con los más fútiles propósitos. Fútiles, claro, en la jerarquía corriente que consideramos a diario. Pero Unamuno—buen espiritualista—cree que antes de la filosofía, previamente por tanto a ella, y confundiendo con la primera y esencial verdad, hay un sector de problematismos ineludibles. A él debemos ceñirnos si con *sinceridad*—he aquí el vocablo unamunescos—deseamos conocer alguna cosa. La verdad, para Unamuno, es amor al ser, y las categorías que nos habían de servir para capturarla no existen. La filosofía, ofreciéndonos un saber verídico, se torna así en engaño, falacia enmascarada con la que cubrimos aquella inexistencia categorial. El positivista Comte no supone una esfera previa sino, al contrario, una esfera posterior, la práctica, y la filosofía, el saber, se justifica tan sólo cuando añadimos *para algo*. “Saber para prever”. Pero esto es absurdo, pues el filósofo intenta capturar el ser de las cosas, su secreto íntimo si se quiere, pero no ejerce acción causal sobre ellas. Esa frase positivista no tiene sentido filosófico, y ese saber a que alude no es el teórico. Prueba esto cómo los más finos conocedores de hombres, los que de manera más pura y filosófica han desarticulado sus complejos psíquicos—por ejemplo, Max Scheler—no han sido igualmente los que han proyectado sobre ese *material* humano un poder directo.

La vida individual es para Unamuno la justificación central del ser. No le interesa en las filosofías sino el hombre que tras de ellas late, agonizando en pánicos tremendos. Pero filosofar supone la admisión de unas cuestiones que nos son objetivamente dadas, cuya vigencia consiste quizá en el hecho de que un sujeto las piense, pero sin que esto les arrebate en modo alguno la objetividad. Hay unas cosas, las que sean, que se nos ofrecen problemáticas y cuyas posibilidades de conocimiento han sido descubiertas por la filosofía. Para el filósofo los problemas están objetivados, situados frente a él, y por eso la más grave tarea de toda filosofía reside en ese momento en que se dispone a designar las cosas cuestionables. Aquellas que van a ser objeto de conocimiento. En Kant, por ejemplo, es el fenómeno, *Erscheinung*. Más tarde en el neokantismo de Baden—*Wertphilosophie*—serán los valores. Ahora, en la filosofía que estructura Ortega, es la vida y su amplia combinatoria de circunstancias. Pero el filósofo considera más cosas: los instrumentos categoriales, que le permitirán realizar y crear filosofía. Para Unamuno todo esto que decimos es hipocresía pura con la que eludimos las cuestiones más graves e inmediatas que cercan nuestro ser. Los problemas son exclusivos de la vida individual en sí, y en ellos se guarde, bien ajena a todas las garrambinas objetivantes de los filósofos, la esencial verdad. O la eterna duda. Ello es, sin duda, legítimo, y se nutre de vivencias metafísicas de innegable gravitación sobre nosotros.

En el libro más sustancioso de Unamuno—*Del sentimiento trágico de la vida*—abundan copiosamente los lugares en que este hombre gigantesco manipula los conceptos metafísicos universales de más alto rango. Este libro, que nosotros hemos leído y leeremos mucho, acreditaría a Unamuno de místico perfecto si no hubiera en él tanta cultura libresca y tanta hojarasca de alusiones. O bien de teólogo imperial si sus rebeldías tremendas le permitiesen amparar una dogmática. Nada de esto es Unamuno, y si un gran poeta para quien no tiene sentido la esencia misma divina del hombre. Pues hay un sector de la filosofía, aquel en que está, situados los objetos metafísicos, donde el poeta y el filósofo llegan a encontrarse. Pero la característica peculiar de la filosofía, como ya hemos indicado varias veces, es que su función estricta consiste en proporcionarnos conocimientos. No es un metafísico quien posea vivencias metafísicas claras, sino quien además de eso puede decirnos conceptualmente qué sentido teórico encierran esas vivencias. (Si algún lector sigue mi exposición de lo que es la metafísica, según Heidegger, comprenderá sin esfuerzo esto que digo.) Claro que frente a las vivencias metafísicas cabe también, a la vez que la actividad teórica, la actividad poética. Así hay el poeta Holderlin. Y hay al mismo tiempo el filósofo Hegel.

No caeremos en la puerilidad de denominar a Unamuno un subjetivista. En un ensayo que titula *¿Qué es la verdad?*, ironiza con gran razón Unamuno a costa de un mote así, que en cierta ocasión lanzó sobre él un curulla en nombre de no sabemos qué objetivismos tomistas. Unamuno se rió mucho de ello, repetimos que con razón. Pues el subjetivista es a la postre un filósofo, creador de falsa filosofía si se quiere, pero hombre que engarza en un sistema sus obtenciones y justifica el grado de validez de sus conocimientos. Si corresponde a Unamuno alguna clasificación en el

terreno filosófico—en el riguroso creemos que no—es precisamente el de desmontador de filosofías que antes le hemos atribuido. Esto lo realiza a maravilla. Pero de que es hombre majestuosamente dotado para las experiencias centrales—íntimas—de donde derivan algunos problemas metafísicos se encontrarán pruebas evidentes en cualquiera de sus libros. A ello debe el que sin ser un poeta de amplio velamen lírico su poesía, nutrida de esas experiencias metafísicas, alcance una grandeza que en balde hallaremos en poetas corrientes.

Escogemos a continuación unos detalles que demuestran cómo en su libro *Del sentimiento trágico de la vida* remueve Unamuno antes que nadie varios problemas filosóficos de esta hora. Así—página 13—cuando habla de que nada es “tan horrible como la nada misma” y se refiere a la “furirosa hambre de ser, un apetito de divinidad”. Una fina intuición—en la página 17—al expresar que “el mundo es para la conciencia”, donde ese *para* alude a cosas muy centrales que atañen a vivos problemas ontológicos de hoy. También su breve comentario a Descartes, “el filósofo de la estufa”, oponiendo al *cogito* que “lo primitivo no es que pienso, sino que vivo”—página 39—, observación que hoy maneja Ortega en sus intentos—logrados—de superar el idealismo, descubriendo antes del pensamiento una realidad vital que le precede. En la página 59 vuelve a aludir al “terror a la nada”, cuya fenomenología preocupa hoy mismo a Heidegger. Cuando habla de lo vivo—página 92—como de lo ininteligible se acerca a la *Ding an sich* Kantiana y más aún al actualísimo *transinteligible* que estudia Hartmann en su *Metafísica del conocimiento*.

R. LEDESMA RAMOS

Unamuno, profesor y filólogo

En este número—homenaje a don Miguel de Unamuno hubiera sido lamentable la falta de unas líneas que definieran su silueta de profesor. A evitar esa ausencia aspiran estas líneas, urdidas en momentos en que la sinceridad nacional tiende a concretar su línea de acción.

Pero yo no voy a ocuparme de Unamuno, maestro de Griego en la Universidad de Salamanca. Aunque cursé en ella mis estudios, no tuve la fortuna de contarme entre sus alumnos de Lengua Griega. En cambio, sus explicaciones en la cátedra de Historia de la Lengua Española hicieron surgir en mí la inclinación hacia los estudios de filología romance. Llevado por esta intensa afición, logré colmar mis anhelos junto a Menéndez Pidal y Américo Castro, en Madrid, y al lado de Meyer-Lübke y Vossler, en Alemania.

Siempre recordaré, como uno de los más sugestivos, el año académico, en aquella amplia y soleada clase de la Universidad salmantina, donde Unamuno nos enseñaba, deleitando, los principios de la moderna filología.

Será, pues, esta silueta que aspiro a trazar la de Unamuno, maestro de filología española.

En la primavera de 1924 llegó a Salamanca un catedrático mejicano, don Agustín Loera y Chávez, en misión periodística. Buscaba a Unamuno en su centro universitario. Deseoso de obtener a toda costa una impresión personal del maestro ausente, alguien le dirigió a mí. Y yo urdía para él una evocación sincera y llena de nostalgia de su clase de Historia de la Lengua.

Hoy, a los seis años de aquélla, no voy a repetir algo que está en el ánimo de todos. Unamuno, profesor, es una figura que todos los estudiantes de España veneran y respetan. Su técnica docente, tan asequible y eficaz, con sólo poner un poco de atención; su enorme sensibilidad para los fenómenos del lenguaje, lo certero de su intuición lingüística, es cosa que ha trascendido a su obra entera.

La curiosidad hacia los restos de nuestro dialectalismo salmantino, la apatencia de rasgos típicos del habla del pueblo no la utilizó para sesudas investigaciones, sino que las dio forma viva en sus escritos. El fué el inquietador de muchos espíritus que buscaron en el lenguaje popular perspectivas inéditas. Ese su dinamismo filológico apadrinó un movimiento cultural en Salamanca, al que no son ajenos los trabajos de Lamano y Beneyte sobre el dialecto charro, las compilaciones folklóricas

de Dámaso Ledesma y la literatura casticista de Luis Maldonado.

Unamuno impulsó la moderna filología salmantina y aportó a la española el inmenso valor de su obra, plena de casticismo de buena ley, saturada de folclor, tan interesante por sí misma, que el estudio de su léxico, la consideración de su estilo, es uno de los temas más dignos de atención.

Aún está por hacer el estudio de “Unamuno, helenista”; pero a éste antepongo, convencido de su mayor importancia, el de “Unamuno, filólogo”. El día que tal estudio se realice, la figura de don Miguel tendrá una silueta acabada.

Por otra parte, este aspecto de su personalidad, al que vengo refiriéndome, está fuertemente acusado a través de sus libros. En *Recuerdos de niñez y mocedad* nos señala su revelación del misterio del lenguaje, que hería su atención a los seis años, desde aquel día en que oyó hablar a su padre una lengua que no era la nativa.

Esta incipiente vocación va tomando cuerpo, hasta destacar su perfil de verdadero filólogo. Su concepción en este aspecto es, decididamente moderna, de una amplitud de horizonte sin límites, enemiga de hermetizarse en normas rígidas y severas. “Creo que para enriquecer el idioma—nos dice al final de su *Vida de Don Quijote*—, mejor que ir a pescar en viejos libretos de antiguos escritores, vocablos hoy muertos, es sacar de las entrañas del idioma mismo, del habla popular, voces y giros que en ellos viven.” Y en ello insiste en el tomo IV de sus *Ensayos*, al escribir: “Creo que una de las más profundas revoluciones que puedan hoy traerse a la cultura española es, por una parte, volver, en lo posible, a la lengua del pueblo español, no castellano tan sólo, es cierto; mas, por otra parte, inundar al idioma con exotismo europeo.” De estas dos direcciones, él sigue y representa mejor que nadie la primera.

Su norma más general en cuestiones lingüísticas es dar al castellano la fecundidad perdida, haciéndole asequible a toda aportación, pues “el barbarismo será, tal vez, lo que preserve a nuestra lengua del salvajismo”. (*Ensayos*, I.)

Es, pues, Unamuno profesor en la cátedra de Historia de la Lengua, una figura eminente. Pero su profesorado en esta disciplina se ha extendido a sus libros. Releyéndolos, se adquiere la tercera visión de Unamuno filólogo, que aquí me he limitado a esbozar.

Digo filólogo, que no gramático. Por aquello que dijo Vossler de que “quien investiga una lengua en su idiosincrasia nacional; es decir, en su estilo, no debe preguntar como los gramáticos, que es en ella lo permitido y posible, sino lo que por su conducto ha llegado a lograrse”. Es la eterna distinción de dos categorías de ciencia, que ya señaló Eugenio D’Ors en su *Glosario*, asignando al primero, al filólogo, la condición de personaje, y al segundo, al gramático, un cometido de gozquecillo trotador siguiendo a la carroza del lenguaje.

Unamuno da a la filología el sentido antiguo, espiritual y grande, que tuvo para los humanistas, cuando atribuían a la “Filología sacra y profana” el amplio contenido espiritual del pasado.

Nada de casticismo al uso, ahogando el estilo en la tupida maraña del arcaísmo de laboratorio, sino abrirle anchos cauces por donde discurra lo antiguo, fundido con la nueva savia del presente.

Para un espíritu mezquino esto quizá no llegue a reunir la condición exigible a un académico, para el que, empujado sobre el otero, abarca campo más dilatado, es el estilo de Unamuno, su potencialidad creadora de lenguaje, el modelo deseado de belleza serena, al que, por derecho propio, abriría las puertas de su umbroso jardín el mismo Academo.

M. GARCIA BLANCO

Salamanca, 22-II-30.

Unamuno y la Historia

Los que viven en la historia se hacen sordos al silencio.

Tu reino es de la historia la creciente, no progresiva, eternidad.

La españolidad eterna hecha piedra de visión.

Los conceptos caracterológicos, clásico y romántico—que parecen ser los principios fundamentales en la filosofía de la historia de d'Ors—aplicados a la historia espiritual de España no poseen ningún contenido. Ni Cervantes, ni Calderón, ni Quevedo, ni Gracián, son clásicos. Tampoco románticos. Ya Gide vió que el concepto de clasicismo sólo se podía aplicar a la literatura griega, a la latina, a la francesa. En esta última los dos conceptos de clasicismo y romanticismo poseen plena significación. En la literatura alemana este último se llama *Sturm und Drang*. ¿Pertenece el *ethos* de Unamuno al *ethos* romántico o al clásico? Acaso podría él repetir el verso de Machado:

Soy clásico o romántico? No sé...

Pero aunque el concepto de romántico no sea un principio caracterológico plenamente aplicable a la concepción unamunesca del Universo, hay en Unamuno una dirección espiritual completamente romántica: la dialéctica. Desde los estudios de A. Bäumler y de E. Przywara (1) la dialéctica romántica está caracterizada, en oposición a la dialéctica anterior de la Ilustración que se polarizaba entre objeto y sujeto, por colocarse entre el Hombre y la Mujer. Esta fué la posición fundamental de la filosofía erótica de Baader, de la ideología de Görres (2), y ésta fué el problema central de la concepción histórica de Bachofen: patriarcal y matriarcal. Y sin este fundamento romántico es imposible comprender el misterio de Kierkegaard, el hermano espiritual de Unamuno.

La tía Tula, Teresa tienen como fundamento esa dialéctica romántica-católica, que al mismo tiempo es la base de la concepción de la divinidad en los pueblos católicos. Según Unamuno, "Dios era y es en nuestras mentes masculino. Su modo de juzgar y condenar a los hombres, modo de varón, no de persona humana por encima de sexo; modo de Padre. Y para compensarlo hacía falta la Madre; la Madre que perdona siempre, la Madre que abre siempre los brazos al hijo cuando éste huye de la mano levantada o del ceño fruncido del irritado padre; la madre en cuyo regazo se busca como consuelo una oscura remembranza de aquella tibia paz de la inconciencia que dentro de él fué el alba que precedió a nuestro nacimiento y un dejo de aquella dulce leche que embalsamó nuestros sueños de inocencia; la madre que no conoce más justicia que el perdón ni más ley que el amor. Nuestra pobre e imperfecta concepción de un Dios con largas barbas y voz de trueno, de un Dios que impone preceptos y pronuncia sentencias, de un Dios Amo de casa, *Pater familias* a la romana, necesitaba compensarse y completarse; y como en el fondo no podemos concebir al Dios personal y vivo, no ya por encima de rasgos humanos, mas ni aun por encima de rasgos varoniles, y menos un Dios neutro o hermafrodita, acudimos a darle un Dios femenino, y junto al Dios Padre hemos puesto a la Diosa Madre, a la que perdona siempre, porque como mira con amor ciego, ve siempre el fondo de la culpa y en ese fondo la justicia única de perdón."

Sin embargo, su concepción de la historia no es una concepción romántica. Para definirla, el mejor principio caracterológico—mientras no se asigne un nombre a nuestro tiempo—me

parece el de novecentista. Es decir, una concepción de la historia originada por el clima espiritual del siglo XX y en lucha contra el ingenuo realismo histórico del siglo XIX (1).

Unamuno ha expresado en las últimas páginas de *El sentimiento trágico de la vida* su desprecio, su asco por el siglo XIX. "Y en la segunda mitad del pasado siglo XIX, época infilosófica y tecnicista, dominada por un especialismo miope y por el materialismo histórico, el ideal de la cultura se tradujo en una obra, no ya de vulgarización, sino de avulgamiento científico—o más bien, pseudocientífico—que se desahogaba en democráticas bibliotecas baratas y sectarias. Quería así popularizarse la ciencia como si hubiese de ser ésta la que haya de bajar al pueblo y servir sus pasiones, y no el pueblo el que debe subir a ella y por ella, más arriba aún, a nuevos y más profundos anhelos".

Tecnicismo, materialismo histórico, democracia. He ahí todo el siglo XIX. No es extraño el alejamiento del último siglo en quien en arte es antirrealista; en filosofía, pascaliano; y se sentía con un alma medieval y creía medieval el alma de su patria.

Y es en el paisaje espiritual del siglo XX, engendrado por Nietzsche, cuya obra es una negación del siglo XIX, cuando se ha podido desarrollar la moderna teoría de que la historia no es investigación de hechos. La historia influye como mito y no como verdad. No es la verdad la significación del hecho, sino la influencia que de él emana.

Bertram ha escrito: "Lo que de la Historia permanece no es una vida, sino siempre su leyenda. Lo que permanece de todo devenir histórico es siempre—y esta palabra tomada sin tonalidad eclesiástica, romántica o novelesca—es la LEYENDA". Gundolf—alma novecentista—ha dicho que la obra y vida—realidad—, de un artista, no son fines, sino medios para el investigador, y que la Historia debe ser visión de influencias y no crónica de hechos literarios o psicologías de autores.

La Historia se une entrañablemente a la vida. Ambas confunden sus límites en toda mente plenamente moderna.

Unamuno no es historiador, pero el tema de la Historia—la eternidad en el orden de lo temporal—le ha tentado ya que toda realización del espíritu emana de la voluntad de eternidad, que es el gran tema y la gran vivencia de la religión, de la filosofía y del arte. Todo espíritu filosófico, religioso o artístico se siente obseso por el contenido ideal de la Historia en el que Tiempo y Eternidad entrecruzan sus aristas.

El elemento fundamental del *ethos* de Unamuno es el ansia de Eternidad. "No morir" era el deseo constante de Francisco Zabaldide, el joven estudiante de *Paz en la guerra* (2)—novela plena de vivencias. En *Andanzas y Visiones Españolas* se dice que "el pensamiento de Dios es la Historia: la Historia humana, la historia civil, la historia de esta humanidad civil en que Dios se hizo hombre y habitó entre los hombres, y proclamó que su reino, el reino de Dios, esto es, el reino del Hombre, el reino del Dios Hombre, no es de este mundo de dolores y goces, de odios y de amores, de recuerdos y esperanzas. Porque el reino de Dios, el reino del Hombre, es el del pensamiento que está sobre dolor y goce, sobre odio y amor, sobre recuerdo y esperanza, aunque con ellos se haga, como con piedras se hacen las torres que en la Historia quedan. El pensamiento de Dios es la Historia; la Historia es lo que Dios piensa, lo que va pensando".

El deseo de entrar en la Eternidad—en Dios en cuanto Espíritu absoluto—, conduce a considerar la Historia *sub specie eternitatis*. No es lo esencial el devenir, la sucesión de formas que crean tradición, sino el impulso, la energía que engendra dicha sucesión. La

(1) Ernst Bertram: *Nietzsche. Versuch einer Mythologie*.
(2) "Así es como allí arriba, vencido el tiempo, toma gusto a las cosas eternas, ganando bríos para lanzarse luego al torrente incoercible del progreso, en que rueda lo pasajero sobre lo permanente."

eterna tradición obra y se realiza en la actualidad viviente como operó en el pasado muerto. Pasado y presente son sólo formas diversas de la espiritual y eterna energía de lo suprahistórico. O de lo intrahistórico. Por ello—como ha dicho Curtius—, Unamuno lucha contra los tradicionalistas por la eterna tradición, por lo eterno humano. Lo supratemporal, lo intrahistórico es también lo supranacional. Esta era la posición espiritual que produjo *En torno al Casticismo*. En 1895 Unamuno era un internacional, un cosmopolita. Era un europeo. En 1906, en su ensayo sobre la europeización se declara antimoderno y antieuropeo. Y es que el hombre en su concreción, en su existencialidad de español es más realidad que el hombre abstracto de la Ilustración y de la Revolución francesa. La verdadera europeización de España consiste no en recibir, sino en dar. No europeizar España, sino españolizar Europa.

Esta es la misión divina y eterna de España. Sólo adentrándose en su misión—intimando en lo eterno de la personalidad—se logra la eternidad histórica. "Hay que aspirar de todos modos a hacerse eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos; no puede subsistir como pueblo aquel pueblo cuyos pastores, su conciencia, no se lo representen con una misión histórica, con un ideal propio que realizar en la tierra. Al mismo espíritu cronológico pertenecen estas palabras de Ortega y Gasset: "Desdichada la raza que no hace alto en la encrucijada antes de proseguir su ruta, que no se hace un problema de su propia intimidad, que no siente la heroica necesidad de justificar su destino, de volcar claridades sobre su misión en la Historia."

Ya Nietzsche había visto que el único valor de la Historia era el de ser engendradora de vida. Esta misma concepción mágica ha sido uno de los fundamentos de la generación del 98. Unamuno y Ortega buscaron en el *Quijote* un mito, y Azorín investigó el espíritu español a través de los clásicos interpretados con un sentido moderno.

La Historia no debe ser una explicación científica, sino una comprensión simpática de la realidad histórica que es el hombre. Y no la idea ni el hecho económico. La forma en la que se realiza y objetiva la Historia es el hombre. Es imposible comprender el cristianismo sin Cristo, el cesarismo sin César, el imperio alemán de 1870 sin Bismarck, el imperio español sin Carlos V. Es imposible, sin intuición sensual y plástica de las figuras históricas, poseer una visión de la Historia, y el verdadero de historiador se confunde con el artista. Se nace historiador como se nace poeta.

Todo historiador es un creador de tiempos nuevos.

Unamuno, que se apartaba del realismo—cosa puramente externa, aparental, cortical y anecdótica—literario y que preguntaba cuál era la realidad íntima, la realidad real, la realidad poética o creativa de un hombre, transformó la Historia en mito al trasponer dicha pregunta artística en el plano histórico. Don Quijote y Hamlet son más reales que Cervantes y Shakespeare, porque en lo eterno son más verdaderas las ficciones y leyendas que no la Historia.

El círculo de Stefan George, que tiene sus antecedentes en el individualismo histórico de Burckhardt y Nietzsche y es un verdadero exponente de la nueva mentalidad alemana, ha afirmado con Gundolf que el pasado está muerto y que sólo es histórico lo que vive e influye. Estas palabras se escribían en 1911. En 1905—primeros años de nuestro siglo, escribía Unamuno en su primera edición de *La Vida de Don Quijote y Sancho*: "Lo pasado no es ya, y sólo existe de verdad lo que obra y una de esas llamadas leyendas cuando mueve a obrar a los hombres encendiendo los corazones, o les consuela de la vida, es mil veces más real que el relato de cualquier acta que se pudre en un archivo."

¡Cuán distinta la concepción realista de la Historia en el siglo pasado! Taine procuraba explicar todo el devenir histórico con los principios de Raza, Medio, Momento y las leyes de ellos derivadas. Y en el prólogo a su *Historia de la literatura inglesa* escribía que el vicio y la virtud son productos como el vitriolo y el azúcar.

Para llegar a la moderna concepción de la Historia fué preciso enunciar que las ciencias del espíritu pertenecen a las ciencias eidéticas y no a las nomotéticas. La Historia se transformó en intuición de lo individual.

El individuo—el hombre—ansía ser en la Historia porque anhela eternidad. Se quiere vivir en la Historia para vivir en el eterno pensamiento de Dios. La eternidad en la Historia se llama Fama. Y por ansia de renombre y fama, por sed de gloria salió Don Quijote a quijotisar por las rutas de la Mancha.

En la concepción esbozada por Unamuno se ecuacionan Fama y Eternidad. La Gloria es, en el fondo, miedo a desaparecer, a dejar de ser. Según una moderna sociología del saber, sin la sociedad—sin la continuidad en el cuerpo social—no podría subsistir ni la Historia ni ninguna otra forma de la cultura (1). La base de la Fama es la sociedad.

En arte, Unamuno fué y es antirrealista. Su época preferida es la Edad Media—la época de las catedrales góticas y románicas, la edad de los caballeros y cruzados, el tiempo embebido de eternidad y deseo de catolicidad y principios ecuménicos—. Su ansia de liberar pertenece más al tiempo de Dante y Savonarola que al del liberalismo del siglo pasado. Su concepción mágica de la Historia se opone al ingenuo realismo histórico del siglo XIX.

Toda su ideología, todo su *ethos* vive en agonía contra el siglo XIX.

JOSÉ FRANCISCO PASTOR

(1) V. los trabajos de J. Hirsch sobre la génesis de la Fama.

NOTA

Estilo en Unamuno

Hay en las novelas de Unamuno pasajes singularmente interesantes por lo que se refiere a la aplicación literaria de las inflexiones de la voz.

En el trato diario, este vivo elemento de expresión desempeña un papel esencial. En los libros son pocos los casos en que dicho elemento aparece tenido en cuenta con suficiente atención.

Las indicaciones más corrientes sobre esta materia se limitan a señalar hechos elementales y ordinarios de muy escasa eficacia para definir lo particular y concreto.

El interés de los ejemplos de Unamuno no consiste precisamente en referirse a situaciones especiales, cuyo fondo se manifiesta más que en el valor literal de las palabras en los rasgos de la entonación.

Con la alusión breve y certera a matices de la voz, agudamente calificados, Unamuno sugiere y evoca en determinados momentos estados de ánimo de la más honda intimidad.

El uso de estos efectos supone un sentido del lenguaje que no es ajeno, seguramente, a la amplia experiencia lingüística del ilustre maestro. Por otra parte, esta manera integral de entender la función de la palabra se enlaza íntimamente con otros aspectos esenciales del estilo de Unamuno.

Por lo general los novelistas ponen en labios de sus personajes palabras sin voz, palabras desnudas que el lector no acierta siempre a vestir con el tono adecuado a cada trance emocional.

Unamuno logra que en los momentos oportunos sus personajes literarios den la sensación de la palabra hablada con toda su eficacia y plenitud.

T. NAVARRO TOMÁS

ROGELIO VILLAR

"MUSICOS ESPAÑOLES".—Segunda serie, 6 pesetas.

"LA ARMONIA EN LA MUSICA CONTEMPORANEA", 2,50.

"TEORICOS Y MUSICOS", 2,50.

UNAMUNO Y LA NOVELA

Una novela resucitada

He vuelto a leer *Paz en la guerra*. En *Novelas y novelistas* la había dedicado un capítulo. Al penetrar en las páginas de la nueva edición he experimentado la curiosidad y la inquietud del retorno. El retorno suele ser un sendero de melancolías. Rara vez la segunda visita a las cosas que conocimos o vivimos deja de ofrecernos cierta desilusión, y, sin embargo, un punzante atractivo nos mueve a renovar el contacto o encuentro primero. Sentimos la sed de vivir dos veces las cosas, desafiando al desengaño que en la segunda visita nos acecha. Segundas partes del amor, segundas visitas a los lugares del ensueño, retorno a la fe primera o a la vida juvenil, son pruebas difíciles a que sometemos la ilusión original. La virginidad de las cosas no es perenne; pero en las que lo merecen queda la reserva de su fecundidad. También las segundas lecturas suelen castigarnos con desilusiones; pero las verdaderas obras de arte, no sólo las resisten, sino que ganan con ellas, ofreciendo nuevos descubrimientos y nuevos motivos de emoción. La consagración de la posteridad está formada de una sucesión de segundas lecturas. Los buenos libros son para la *lenta lectura* del filólogo y para la lectura repetida del amante de las letras. El libro superficial, que acaso cautivó la curiosidad en una primera rápida lectura, se nos ofrece mustio, marchito, si por acaso volvemos a él.

Creo haber visto y sentido al releer *Paz en la guerra* más cosas y más emociones que vi y sentí en la lectura primera. Algunas correcciones tendría que hacer en mi juicio de antaño acerca del libro, aunque no en lo fundamental. *Paz en la guerra* no ha perdido para mí la frescura y lozanía originales; pero vislumbro en ella más hondo subsuelo. Ni siquiera ha palidecido aquella forma de realidad presente que llamamos actualidad. El autor lo dice, y estoy conforme: "Aparte el valor literario o artístico—más bien poético—que pueda tener, es hoy, en 1923, de tanta actualidad como cuando se publicó. En lo que se pensaba, se sentía, se soñaba, se sufría y se vivía en 1874, cuando brizaban mis sueños infantiles los estallidos de las bombas carlistas, podrán aprender no poco los mozos y aun los maduros de hoy." Caen las hojas del árbol de la historia y le brotan otras, mas el tronco permanece; y esta novela de Unamuno es historia poetizada.

Después de *Paz en la guerra*, Unamuno ha escrito varias novelas: *Amor y pedagogía* (1902), *Niebla* (*Nivola*) (1914), *Abel Sánchez*, *Una historia de Pasión* (1917), *La tía Tula* (1921), *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920). Estas novelas no se parecen artísticamente a *Paz en la guerra*. El propio autor señala la diferencia en el prólogo. "En esta novela—dice—hay pinturas de paisaje y dibujo y colorido de tiempo y de lugar. Porque después he abandonado este proceder, forjando novelas fuera de lugar y tiempo determinados, en esqueleto, a modo de dramas íntimos, y dejando para otras obras la contemplación de paisajes y celajes y marinas. Así, en mis novelas *Amor y pedagogía*, *Niebla*, *Abel Sánchez*, *La tía Tula*, *Tres novelas ejemplares* y otras menores no he querido distraer al lector del relato del desarrollo de acciones y pasiones humanas; mientras he reunido mis estudios artísticos del paisaje y del celaje en obras especiales, como *Paisajes*, *Por tierras de*

Portugal y de España y *Andanzas y visiones españolas*. No sé si he acertado o no con esta diferenciación."

Creo que no. Las novelas posteriores a *Paz en la guerra* son novelas desencarnadas, escuetos ejemplos morales, a los que el autor, con una especie de ascetismo literario, priva del accidente en que está el encanto sensual de estas fábulas. Unamuno ha proclamado la teoría de la tragedia desnuda, despojada del artificio escenográfico. En estos libros practica la teoría de la novela desnuda, que vuelve, en cierto modo, a la forma simple, escuetamente narrativa, de los primitivos *novellieri* y autores de ejemplos, si bien no por inocencia y desmaño, que exalta el mundo interior y desprecia por un espíritu místico o cuasi mística o rechaza lo sensible. Son novelas de espíritus, novelas intelectuales, mientras que *Paz en la guerra*, sin perjuicio de la vida interior de sus personajes, ofrece a la fantasía la visión coloreada del espectáculo sensible, finos y severos paisajes, rumor y junta de multitudes, fisonomía de sujetos, y hasta aquellos particulares menudos del carácter que, sin ser sensibles, escapan a una novela desnuda demasiado esquemática. El accidente, la individuación, es lo que da a la novela y a la misma historia la sujeción artística. El secreto del atractivo de las historias que cautivan como novelas está en el pormenor, en el accidente, pues la realidad se nos comunica por medio de pormenores y accidentes.

Es cosa opinable la estilística. Todos los métodos de cotejar y medir estilos de la palabra son falibles. Contra lo que algunos creen, por una falsa apreciación de la vastedad y la claridad, Unamuno me parece una de las máximas autoridades actuales de la lengua, uno de nuestros mayores romanticistas, penetrado del espíritu y de la historia del romance castellano como pocos, y, desde luego, infinitamente más castizo y más clásico, más digno de ser modelo que los fríos arcaizantes que andan cazando a lazo vocablos engolados y fríos para hacer con ellos algo semejante al retrato del golilla de la fábula de Iriarte. A Unamuno hay que leerle despacio, con lectura de filólogo, saboreando el vocablo jugoso, maduro, propio para el caso. En *Paz en la guerra* apunta esta compenetración del escritor con la lengua, que, siguiendo el proceso general en el literato como en el artista, ha llegado después de la madurez, al dominio y fácil manejo del material artístico. Unamuno me recuerda a Juan de Valdés. Tiene el saber y el *sabor* del idioma. El estilo de Unamuno le parecerá escabroso y borrascoso a tal hablista seducido por los figurines arcaicos. Tiene la gran virtud de la propiedad: una expresión sobria, magra, certera, penetrante, que en los momentos de emoción (en las poesías, por ejemplo) se caldea e ilumina con fuego poético. El léxico es superior a la construcción, aunque ésta participa de la sencillez y propiedad que se observan en el uso del vocablo.

Por el espíritu filosófico, *Paz en la guerra* recuerda una de las más grandes novelas que ha producido la literatura universal en el siglo XIX: *La guerra y la paz*, de Tolstoi. Esta desenvuelve su acción en el vasto escenario de las guerras napoleónicas; la española, en el pequeño ámbito local de una guerra civil de escasa trascendencia universal y corta perspectiva histórica. Mas la virtud de la mirada filosófica consiste en elevar el caso humano a términos de universalidad, aunque en sí sea menudo y frágil. Ambas novelas ennoblecen y enriquecen

la visión épica con el contenido moral y el combate psicológico. El héroe, el tipo puramente épico, es algo superficial y primitivo; es esencialmente fenoménico, una exaltación del fenómeno, si no se mira más que la proyección material, la hazaña, el estrépito bélico. Ante la visión filosófica, la guerra y la paz se presentan como movimientos de flujo y reflujo, como olas del devenir humano, mutable y perpetuo.

Honra a la novela de Unamuno el que despierte tal recuerdo.

ANDRENIO

Unamuno y "Paz en la guerra"

Si mi estado actual de salud me lo permitiese, no sería una, sino muchas las cuartillas que escribiría sobre la "literatura" de Unamuno, para responder al amable requerimiento de la GACETA LITERARIA y para satisfacer mi propio deseo.

Pero he de contenerme en límites tan reducidos, que estimo preferible no utilizarlos y recurrir al recuerdo (que seguramente para muchos lectores no será "recuerdo", sino novedad absoluta) de lo primero que escribí sobre Unamuno en 1897, con ocasión de su primera novela, *Paz en la guerra*. Tal vez sea grato a muchos de los que sólo conocen la historia *Contemporánea* de Unamuno, esta llamada de atención hacia la primitiva de un escritor que tan básicamente y con tanta enjundia supo comenzar y que tan variados y espléndidos florecimientos ha producido desde entonces.

He aquí algunos párrafos de mi crítica de 1897:

"La novela del Sr. Unamuno que ha de ocuparnos, difiere bastante de las que usualmente se publican entre nosotros, no tanto por su psicologismo, como ahora se dice—que en esto sobran modelos recientes—, cuanto por el orden de cuestiones que plantea y la esfera de vida a que se refiere. Si, para que de una vez el lector erudito se forme idea del carácter de *Paz en la guerra*, acudiésemos a las comparaciones y semejanzas, bastaría decir que las obras extranjeras de universal fama con quienes tiene relación más íntima y mayor parecido, son *La guerra y la paz*, de Tolstoi, y *David Grieve*, de Mrs. Ward.

Tiene de común con la primera la pintura de cuadros militares, el ambiente rural, la preocupación de altos problemas y ese subjetismo especial, resultado de una penetrante introspección, que convierte las novelas tolstoianas, a veces, en verdaderas autobiografías espirituales, y que, en general, influyendo también en la mayoría de los escritores modernos (a excepción de los naturalistas picados de *superficialismo* o *exteriorismo*), ha venido como a trasladar a la novela no pocos elementos de la lírica antigua y, en fin de todo (hay que decirlo), a restaurar los procedimientos de Goethe. Con *David Grieve* le unen lazos de la misma índole, relativos en particular a las creencias religiosas.

Para abordar este género posee el señor Unamuno ventajosas condiciones: su natural reflexivo y aun preocupado, su cultura filosófica, la libertad franca de su pensamiento (acreditada en más de una ocasión antes de ahora, con pruebas de original independencia), y el amor con que siente y estudia las escenas y

paisajes, el mundo local que ha escogido como modelo y que es el de su propia "patria chiquita". Nótase al punto que el autor—como la mayoría de los intelectuales, fatigados o desengañados de la vida ciudadana—lleva sus preferencias del lado de la vida rural. El campo, y sobre todo el monte, el aire libre, las ideas y caracteres campesinos, le seducen, siéntelos vivamente y los describe y refleja con gran emoción y fuerza de colorido: sirvan de ejemplo el episodio de la boda aldeana (página 75 y siguientes), el de la romería (páginas 127 a 130), el espléndido panorama admirablemente visto en las páginas 343 y siguientes, y aun párrafos sueltos, como el final de la página 168.

Este sentimiento del paisaje y esta elocuencia y vigor descriptivos—que no suelen abundar en nuestros novelistas, salvo Pereda (*Peñas arriba*) y Oller en algunos de sus cuentos rurales)—presentan a *Paz en la guerra* una elevada simpatía y un encanto indefinible, que comprenderán todos los lectores, y que muchos seguramente han de preferir a la parte psicológica y filosófica del libro.

Y, sin embargo, no ignora ni oculta Unamuno la grandeza de la vida ciudadana. Constituye la materia de su narración la última guerra carlista, y en especial el sitio de Bilbao, vistas aquella y éste, alternativamente, del lado de uno y otro de los dos grupos que combaten. Bien se nota que las preferencias del autor van del lado carlista, aunque no tanto por su significación política como por la histórica, que luego veremos, y por el elemento campesino que principalmente nutrió sus filias; y así refleja el espíritu de los guerrilleros voluntarios contra los cortesanos y militares ordenancistas que rodean al rey y mandan y desnaturalizan la guerra, que los aldeanos sienten y hacen a su modo, sin ver más allá. Pero esta preferencia no le impide, repito, advertir los aspectos hermosos e interesantes de la vida ciudadana, del carácter de los bilbaínos que resisten heroicamente el bloqueo. Con esa impersonalidad u objetividad que el artista lleva siempre consigo (y que haciéndole amar lo bello y lo artístico allá donde estuviere, se impone con frecuencia a los prejuicios más arraigados). Unamuno llega a pintar los episodios de la ciudad sitiada—que a veces recuerda los de *El sitio de París*, de Sarcey—, con tanto amor y sinceridad de dibujo como los de la masa sitiadora: véase, por ejemplo, la descripción del día de San Miguel, que los bilbaínos celebran como pueden, no siéndoles permitido salir a la romería de Basauri (páginas 165 y siguientes).

Quien describe tan admirablemente el campo, hallándole toda su reposada grandeza; quien bosqueja rápida e intensamente figuras como la del cura de Santa Cruz; quien conserva de tal modo los recuerdos de la vida infantil y sabe convertirlos en materia "de inefable poesía", como dice Narciso Oller; quien compone el hermoso cuadro de la jura de los fueros; quien llega a la honda emoción del dolor en el episodio de la iglesia (páginas 328-29); quien alcanza, en fin, la suprema grandiosidad de idea y de imagen que llevan consigo las páginas últimas de la obra (desde la 343, las que más recuerdan a Tolstoi), removiéndolo el fondo dormido de la conciencia soñadora, bien puede estar seguro de que su arte adquirirá pronto el ritmo y la firmeza graduada del arte dueño de sí propio y conocedor de sus naturales fuerzas."

RAFAEL ALTAMIRA

MIGUEL UNAMUNO Y LA POESIA

Llámase, por lo común, antología o florilegio, palabras que, del griego o del latín, valen tanto como ramillete, a las colecciones de poesías que reúnen lo más bello de un autor, o de una época, o de una literatura, a juicio del que las ha formado, el cual, con sólo adoptar tal palabra, compara las poesías con flores. A las de Miguel de Unamuno tal comparación apenas les cuadra. Son, más que flores, plantas de honda raíz, arbustos frondosos, árboles de recia copa. La gracia y la ternura, que brotan aquí y allá en sus versos no son sus rasgos esenciales. Contra la opinión, tan extendida, que no resiste a un minuto de reflexión, de ser la poesía algo exclusivamente ligero y armonioso, sus versos dicen muy claramente que la poesía es más. "Cuando manifesté delante de algunos que, a mi entender, Miguel de Unamuno es, ante todo, un poeta, y quizá sólo eso, se me miró con extrañeza, y creyeron encontrar en mi parecer una ironía." Estas palabras son de Rubén Darío; se remontan a 1909, y aparecieron en *La Nación*, de Buenos Aires. Yo no esperé a conocerlas para ser de igual opinión. Poeta en sus ensayos, en sus novelas, en sus dramas, Miguel de Unamuno lo es singularmente en sus versos.

Versos de pensamiento y afectos, de amores y odios, no ceden los suyos al encanto de lo ornamental, y chocan así con la rutina. Cierta que esas cualidades externas, en que halla principal atractivo la generalidad de los lectores de versos, han sido posibles en poetas nada frívolos, en altos y nobles ingenios. Unamuno, que es capaz de jugar con los vocablos para buscar en posturas nuevas nuevas expresiones posibles, no lo es de jugar con melodías y sonidos. Su música es siempre grave y honda.

Pero es música, ciertamente, en la medida que cumple a la poesía; no música ante todo, como quiso, un momento, Verlaine. La cadencia del verso, tal como la fijaron las leyes del idioma y la obra de sus clásicos, está sometida a principios en último términos musicales. Nacida con el canto, la poesía se declaró al fin independiente de la música; pero aun no ha perdido, ni nunca perderá, probablemente, el aire de familia.

Unamuno, en sus versos, es tradicional sin imitación. Lejos de él todo remedo. A quien tan sólo se parece es a Miguel de Unamuno. Ved una poesía suya cualquiera. No os recordará otra poesía, como no sea suya también; os recordará vivamente su prosa, y, si alguna vez le visteis y le oísteis hablar, os recordará al poeta mismo. Y, sin embargo, su versificación es la que se encuentra en los libros españoles desde el siglo XVI, sin desdén por combinaciones estróficas del romanticismo y con predilección por la forma fija del soneto. Dentro de estos tipos de poesía cabe lo que pueda señalarse como influencia formal de poetas italianos, visible, sobre todo, en las *Poesías* de 1907: la libre silva de Leopardi o la estrofa "bárbara" de Carducci.

Más que la fluidez en el verso, caracteriza a Unamuno la robustez, en ocasiones harto violenta. Su verso nunca cede por blando: salta por duro; y nunca peca de primoroso: antes descompuesto o desnudo. El consonante difícil, que busca cuando le es necesario, no va a incrustarse toscamente en el verso, sin ayudarle a enriquecer su idea, sin abrirle una perspectiva, como la Peña superada en una ascensión trabajosa.

Que no es el verso expresión accidental para Miguel de Unamuno lo dice el escalonamiento en su obra de los tomos

poéticos (1) y su número mismo, casi una cuarta parte del total de su producción.

Antimoderno, como diría Maritain, en cierto sentido, no ha vacilado en lanzar sus diatribas contra "la corte de los poetas". En realidad, odia la imitación, el lugar común, viejo o nuevo, el arte por el arte. Sin cerrarse en las formas viejas—ha introducido por cuenta propia, en las "estrofas bárbaras" y en más usuales combinaciones líricas, alguna modificación interesante y fecunda—, se aparta de las llamadas formas nuevas, inspiradas en el lirismo francés. Y también se aparta de los temas y figuras frecuentados por los poetas que siguen a Rubén Darío, y, por supuesto, de la imaginería posterior.

Su sentimiento de la naturaleza cabe en la austeridad española. Quizá en ningún paisaje lo apresa mejor que en "el mar de encinas", cantado en una de sus poesías primeras:

Es su verdura flor de las entrañas
de esta rocosa tierra, toda hueso,
es flor de piedra su verdor perenne
pardo y austero.

Todo su sentir se halla condensado en los sustantivos y en los epítetos de esta estrofa. Flor, pero flor "de las entrañas", y no vistosa y efímera, sino resistente "de piedra" y "perenne" en su verdor. Hasta por sus imágenes, la poesía de Unamuno aspira a ser, si no inmortal, espejo de inmortalidad. O en los sonetos africanos, ante el verdadero mar, que dicta al que está en el destierro su lección solemne:

Horas dormidas de la mar serena;
se cierne el tiempo en alas de la brisa;
cuaja en el cielo azul una sonrisa
y todo él de eternidad se llena.

Los ojos del poeta no se paran en el espectáculo natural: lo ven como algo que vive y habla y razona, como tornavoz de su propio canto. Y lo mismo en la contemplación y consideración de Dios, tema de muchas poesías y de su más largo poema, *El Cristo de Velázquez*. ¡Cuán lejos de él ese cántico de alabanza, esa humillación rezadora a que suele reducirse la poesía religiosa moderna!

Unamuno es de la estirpe de nuestros místicos. Frecuentemente se ve en sus obras la huella de atentas lecturas de ellos. Pero no conforme con su sentir, a cuatro siglos de distancia, su coloquio con Dios, más que coloquio, es lucha; lucha en la que combate por salvar lo que en el hombre, por ser eterno, es también Dios. Tampoco se detienen sus ojos en el lienzo pintado por Velázquez, al dar a Cristo, después de Fray Luis, los nombres más dulces y los más terribles, al meditar en cada uno de los miembros del cuerpo traspasado, para sacar de su muerte un aprendizaje de eterna vida:

Danos vida, Jesús, que es llamarada
que calienta y alumbrada y que al pábulo
en vasija encerrado se sujeta;
vida que es llama, que en el tiempo vive
y en ondas, como el río se sucede.

Carecería de una dimensión la lírica española actual si no fuera por Unamuno. La lírica religiosa, en verdad, fuera de él no existe, porque no se ha de tomar por lírica religiosa el modesto

(1) *Poesías*. Bilbao, 1907.—*Rosario de sonetos líricos*. Madrid, 1911.—*El Cristo de Velázquez*. Madrid, 1920.—*Andanzas y visiones españolas* (parte final). Madrid, 1922.—*Rimas de dentro*. Valladolid, 1923.—*Teresa*. Madrid, sin año (? 1924?)—*De Fuerteventura a París*. París, 1925.—*Romancero del Destierro*. Buenos Aires, 1928.

coro imitativo, la candorosa hiperdulia, sin acento de profundidad, aunque sea sincera, con que se adornan ocasionalmente las revistas piadosas. En los libros de Unamuno, sea cual fuere, vibra siempre esa nota de aspiración a la inmortalidad, dirigida, no a los altares, sino a lo profundo del alma, donde nace la voz que no puede engañarse. Su Dios, a pesar del poema, no es el Cristo de San Plácido, sino, más bien, aquel otro rústico Cristo de Cabrera, contado en las primeras *Poesías*, rodeado de soledad y silencio:

No es tal imagen ni aun trasunto vago
del olímpico cuerpo que forjaron
los que con arte y juego
poema hicieron de la humana forma,
sino torpe bosquejo
de carne tosca,
con sudor amasada del trabajo
en el molde de piedra
sobre la dura tierra... (1).

Del mismo espíritu están tocados los versos de amor, que no son, ciertamente, en Unamuno, poesía trovadoresca, sino brote de afectos íntimos, de sentimientos familiares—¡qué varonil ternura la de los versos a los hijos!—o análisis apasionado en una historia romántica, como las poesías de *Teresa*, que se presentaron como "rimas de un poeta desconocido presentadas y presentado por Miguel de Unamuno". Ese poeta, llamado Rafael, seguía el "Credo poético" iniciado en las primeras *Poesías* con este verso:

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento.

Rafael, según su presentador, "llegó a fraguar, por vía dolorosa, como todos los verdaderos poetas eróticos, una metafísica del amor, una *meterótica*, diríamos". Así son sus versos: etapas de una historia que corresponde, en la lírica, a las novelas y dramas de plenitud de don Miguel de Unamuno; es decir, ecos de su propio sentir, personificados en criaturas de ficción.

Confrontados con las poesías amorosas de tono personal, en las *Poesías* y en el *Rosario de sonetos líricos* (donde se hallan algunas de las piezas mejores de Unamuno, sonetos descriptivos, sentenciosos, eróticos o morales, en la gran tradición de nuestros poetas del siglo XVII), los versos románticos de *Teresa* adquieren valor nuevo y rebotan de los protagonistas fingidos sobre el autor verdadero.

Las *Rimas de dentro* (¡qué gran título para todas las poesías de Unamuno!) y los versos de *Andanzas y visiones españolas* no son sino prolongaciones de las primeras *Poesías*. En cambio, los *De Fuerteventura a París* y los del *Romancero del destierro* traen una nota nueva. La de un Miguel de Unamuno satírico, más semejante que al Juvenal conocido, al Arquíloco de que nos hablan. Estos libros, que contienen, sin duda, notas líricas de pura serenidad, responden a su más intensa labor de hombre político, restallando como latigazos, sin detenerse ante palabras ni conceptos, con aquel vigor de diatriba que él ensalzó en el ecuatoriano Juan Montalvo. Siguen, a veces, la cadencia del romance popular, o aceptan la estructura del soneto. Son equivalentes a lo que significa el libro de *Les Chatiments* en la obra de Víctor Hugo. Pero ni en ellos falta la vibración religiosa, el jadear de agonía—de lucha—característico del poeta, en sus versos y en su prosa:

Dios de mi España contrita,
oye mi chorro de voz,
escucha el recio lamento
de un hijo de tu pasión,
de un hijo de tu hija España,
de un agónico español.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

(1) La forma de esta poesía, silva con asonantes en lugar de consonantes, en que se mezclan, con el endecasílabo y el heptasílabo tradicionales versos más cortos, es personalísima de Unamuno y, en general, muy afortunada.

Popularidad y gloria de Unamuno

El éxito popular, o la popularidad de D. Miguel de Unamuno, a su regreso a España, después de su destierro, hace pensar, por pureza, en su gloria. Gloria y popularidad son confundidas frecuentemente por el hecho de coincidir ambas alguna vez, aparentemente, en un hombre. Esto es, en una obra. Pero gloria y popularidad son términos distintos, opuestos, que designan por sí mismos formas distintas, opuestas, de valoración. A tal punto, que la historia está llena de glorias sin popularidad y el presente de cada época lleno, hasta los bordes, de popularidades sin gloria.

Todo depende de cómo se refleje la personalidad o los actos de un hombre, su obra, en el público. La popularidad es un mero reflejo y como tal se halla al alcance de cualquier escándalo—de cualquiera, por consiguiente—. No así la gloria, que es la propia personalidad en absoluto, asentada en sí misma, sin reflejos, pura y sin mancha. La gloria se conquista y la popularidad, en cambio, se recibe, como una dádiva, del público. O mejor: la gloria se tiene, la llevan unos pocos dentro del cuerpo, escrita.

Me parece oportuno insistir sobre esto, precisamente en un número dedicado a Unamuno. Porque la popularidad de Unamuno, tan justa, de estos días, revela hasta qué punto el público, español, como el público de cualquier parte, todo público estás más dispuesto a conceder popularidad que a reconocer la gloria de un hombre. Cierta que Unamuno se hizo incompatible con una dictadura; sufrió destierro ínicuo y combatió un régimen durante seis años, como un hombre, desde Fuerteventura, París y Hendaia. Pero con ser estos hechos glorificantes quienes le dan ahora máxima popularidad, no son esos mismos hechos, tan populares, su verdadera gloria.

La gloria de Unamuno descansa, por entero, en su temperamento. O lo que es lo mismo: la gloria de Unamuno es su labor de verso y prosa, su pulso de escritor. Y todo lo demás, tan legítimo, tan respetable y ejemplar a un tiempo, es adjetivo dentro de la personalidad del gran vasco. Aquí es lo triste de este pueblo, su actitud pobre para con sus grandes escritores: un gran escritor necesita de persecución y destierro para que su público le otorgue popularidad en la medida que no reconoce, porque no comprende, su gloria. Un gran escritor se populariza por sus actos políticos, glorificantes, pero no por sus actos literarios, por sus libros, gloriosos. Ahí está la paradoja de nuestro pueblo realizada con el hombre que más veces obtuvo el sambenito, por el mismo pueblo, que no le leyó, de paradójico. Y ahí está ese público, ahora llena la boca con un nombre, Unamuno, pero ciego los ojos al suelo y al subsuelo individual que significa ese nombre, la obra de ese nombre, literaria o no.

Porque lo curioso es que el público lo acepta todo, aun lo más malo, siempre que se cuente con él. Siempre que con él se pacte o se le complique a él de cerca o de lejos en una obra política o no. Lo que no acepta el público, lo que no puede tolerar de ningún modo un público, por inteligente que sea, es la actitud de quien se coloca—porque lo está—señero, individual, distante. Ahí duele. La sensación de individualidad absoluta, de anarquista puro, sincero, proveniente de toda naturaleza superior, rebasa los límites de resistencia de cualquiera colectividad. Por eso, allí donde comienza lo individual y lo verdaderamente original, lo intransferible, de la obra de un hombre, allí acaba la popularidad de la misma obra de ese hombre, pero allí comienza su gloria.

Esto es necesario decirlo en España, precisamente en España, donde se tergiversan todas las cosas, donde la popularidad se confunde con las glorias y las glorias permanecen, por algo lo son, sin popularidad. Da risa pensar lo que sería la actitud de la gente, ahora llena la boca con el nombre de Unamuno, si supiera de qué entrañas, egoístas, absorbentes, bárbaras, se hace la obra de un hombre así. Da risa, y lastima, pensar cómo retrocedería tanto público, ahora arrobado ante Unamuno, cuando viera hasta qué punto una gran naturaleza vive sólo de sí y para sí, para su gloria, pues sólo viviendo de ese modo, para sí y de sí misma, vive, a su vez, para su pueblo.

E. SALAZAR Y CHAPELA

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

Director: D. Ramón Menéndez Pidal

SE PUBLICA EN CUADERNOS TRIMESTRALES

España: 20 pesetas año. } Número suelto
Extranjero: 22 " } 5 pesetas.

Centro de Estudios Históricos

Almagro, 26.—MADRID

Unamuno y el arte

Unamuno, escultor EL ARTE DE GAUDI Y UNAMUNO

Por EDDA REINHARDT

Por RAFAEL MARQUINA

Al final del volumen "Amor y Pedagogía", de Unamuno, inserta su autor unos apuntes para un tratado de Cocológica o Tratado de las Pajaritas de papel. Ignoro si la autora del artículo que encontré publicado en una revista de Berlín, en octubre de 1928, lo conocía. Por lo menos a él no hace referencia alguna.

Y es lástima, porque es una de las páginas más originales e interesantes de la personalidad literaria de don Miguel. En él nos dice que "el divino arquetipo de la pajarita es una especie geométrica que yace desde la eternidad en el seno de la Geometría". Además la misión —una de ellas— de estas deliciosas "cottes" de papel, es el inquietar la psique en germen de la niñez. Y esto ya es algo para quien se preocupe de los primeros pasos de la humanidad.

Pero remitiendo a la autora del artículo a este original tratado de la pajarita de nuestro Unamuno, resumido con caracteres de ciencia en el volumen aludido, he aquí lo que ella nos dice de esta habilidad escultórica de aquél.

M. G. B.

"Miguel de Unamuno, campeón de la libertad—filósofo—, poeta: sus obras, ardientes, de impulso apasionado, son conocidas en Alemania. Pero sólo son pocos los que saben que este espíritu fuerte y creador, en sus horas de asueto, da forma, con sus manos delicadas, expresivas y nerviosas, a pequeñas obras maestras del arte escultórico. Obras, no sólo del espíritu artístico creador, sino también del matemático e inductivo: formas de tres dimensiones, creadas de la severa superficie—¡de una hoja de papel!

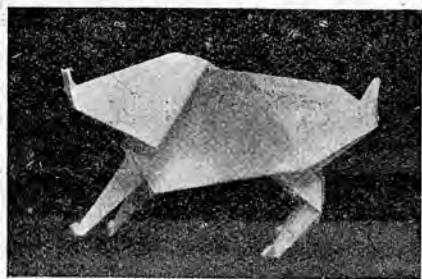
En el pequeño alojamiento vasco, en el que vive el más grande de los vascos vivientes, nos sentamos para el desayuno. En abigarrado torbellino, saltaba la conversación, de las anécdotas sobre



mendigos españoles, a la formación de palabras, primitiva y por ello complicada, de la lengua vasca; de agudas y precisas observaciones sobre filósofos y poetas vivos y muertos, a consejos objetivos para mi visita a su querida patria. Con el café nos leyó una página de la traducción alemana de su última obra, "La agonía del Cristianismo", con una voz que en nada cedía a la pasión del contenido, a pesar del tono amortiguado, y después sacó una hoja de papel—una simple hoja de papel de cartas—y preguntó sonriendo: "¿Sabe usted que de esto se pueden hacer esculturas?"

Rápida y seguramente trabajaban sus manos, plegaban, doblaban y alisaban de nuevo. "En realidad, mi amigo Bourdelle, me ha incitado a hacer pequeñas

esculturas auténticas; muchas horas he de permanecer en el "Jardín des Plantes" observando a los animales—un par de líneas— así; (y de una hoja de un "block" surgió con rápido y preciso perfil el dibujo de un azor) "y entonces pensé si también la forma podría salir de la superficie. Después comencé a



hacer dobleces, así, y apareció el animal. ¡Como usted ve, severamente cubista!" Entre la taza de café y un ramillete de tempranas rosas estaba el azor, fijo sobre sus patitas de papel.

"Pero el cerdo es difícil—muy difícil—. He tardado mucho tiempo, hasta descubrir cómo se puede hacer un cuadrúpedo de una superficie. Bourdelle había dicho que era imposible, pero ya sale", y pidió otra hoja de papel a la camarera.

"Un escarabajo es, naturalmente, muy sencillo, vea usted." Y mientras fueron a buscar otra hoja de papel, surgió de una hojita un escarabajo y lo colocó oblicuamente sobre una rosa.

"Es preciso fijarse mucho, pues, naturalmente, no deben utilizarse ni tijeras ni goma. En París había un japonés que hacía cosas muy lindas—pero cortando y pegando—; eso no tiene arte, pues la forma no procede ya de la superficie. No, no; sólo doblar, y antes de eso, aquí, en la cabeza, descomponer la forma. Cada miembro, cabeza, estómago, espaldas, proyectándolo sobre la superficie, y después de repensar de nuevo, con el fin de que la superficie no sea interrumpida. Y todo lo redondo, traducirlo a lo recto: por eso es tan difícil el cerdo."

Poco a poco se fué formando: un triángulo sucedía a otro, fué doblado a derecha e izquierda; doblar otra vez esquinas, el todo desdoblarlo, y volver a doblarlos: y el cerdo fué reconocible. Después, un par de pliegues aún, en la cabeza, en las patas, ya están las patas: el cerdo apareció y se irguió.

La hora de charla con el café había pasado: sabíamos que un paseo regular de sobremesa era una de las costumbres del fuerte vasco, que se vanagloria de no haber estado enfermo un solo día de su vida. Nos marchamos; las rosas y los pliegos artísticamente plegados vinieron con nosotros.

EL MEJOR LIBRO DEL MES

"Cuando ya esté tranquilo"

DE

EUGENIO D'ORS

5 PESETAS. ENCUADERNADO, 6 RENACIMIENTO

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)
Príncipe de Vergara, 42 y 44 MADRID

Arrabal barcelonés. La ciudad ha salido, de merienda, al campo. Alta, estrecha y sola, una casa de vecindad se yergue en un descampado; principio de autoridad, último vestigio de justicia, adobado testimonio civil. Frente, quimérico e idealista, el prodigio inacabado de la Sagrada Familia, que apenas es una cripta y ya es más que una catedral.

"No tiene techado todavía, y ya tiene portal. No puede cobijar aún, pero hace ya acción de cobijar. No es aún recinto cerrado, y, sin embargo, se entra ya en él. Apenas nace, y ya invita" ha escrito Margall.

En la tarde, pálida y triste, D. Miguel de Unamuno se ha acercado al prodigio. Ya, desde lejos, recortadas sobre el fondo violeta del cielo, las agujas lanzadas en proyección altísima sobre la masa caótica y en germen, le han impresionado más por su apariencia de ruina que por su idealista afirmación de fe. Acaso podría escribir: "Apenas nace y ya declina."

Don Miguel penetra en el recinto y lleva a él toda la sequedad, sobria y ascética, de su Salamanca. Frente al portal, ya terminado, de la Navidad, con sus pétreas audacias floridas, y la encajería poliforme de la piedra, le parece que si todo, desde las tortugas arrastradas hasta el triunfal abanico de las palmeras tiene un sentido de adoración, carece de un apresamiento concreto de eternidad.

La obra, que escapa todavía a un contorno, que no se moldea en disciplina ni en ley, que es aún más voz que verbo, no acaba de emparejar con su concepto de lo eterno, con su rotunda avidéz aprensora de lo inmortal. Para su alma que acaba de empaparse líricamente en la modulación de los Salmos, que podríamos llamar del Espíritu Santo ("Mira Señor, que va a rayar el alba—y estoy cansado de luchar contigo"), aquel alba de piedra mística y adoratriz no es reposo ni comprensión perfecta; es todavía balbuceo y confusión; acaso un Salmo atormentado, cuajado—fortuita queja dolorida—en la perennidad de la materia milenaria. Tampoco allí encuentra a su Dios, que va buscando. También allí le atormenta, frente a aquella sere-

nidad de la piedra cuya forma ha nacido eterna, la acuciosa inquietud ("Ya de tanto buscarte—perdimos el camino de la vida,—el que a ti lleva—si es, oh mi Dios, que vives"). Y habla D. Miguel y toda la íntima fe atormentada de sus Salmos pone ante el prodigio del gran arquitecto su terrible angustia.

Y he aquí que, en aquel instante, frente al gran D. Miguel, pasa el gran don Antón, el genial arquitecto, menudo, tar-do, silencioso, como sumido en el fuego de una fe. Alguien encara las dos altas figuras representativas.

El choque es una de las cosas más bellas, más emocionantes que ha producido la inteligencia humana. Unamuno y Gaudi, frente a frente, junto al enigma tenebroso de la Eternidad que exploran con dos criterios distintos, con dos convicciones antitéticas son, en aquel instante único, una épica pugna de la historia de España. En su diálogo contrastan y luchan dos concepciones contrarias, dos fuerzas opuestas que pueden resumirse en dos palabras representativas: Salamanca y el Mediterráneo. En el contraste violento se diría que la Eternidad se cuaja de nuevo y recién nacida es ya omnipotente. Para Gaudi, el concepto estético en Salamanca no puede redimirse de una terrible gravitación de aridez y sequedad; para Unamuno sólo lejos de la estética levantina puede hallarse el camino que conduce al hondo prodigio de lo eterno.

Súbitamente, una campanita oculta y estremecida suena el Angelus, dando así un sentido a las nubes naranja del crepúsculo. Don Antón se descubre, e interrumpiendo la réplica, reza, recogido y devoto. Don Miguel, de pie a su lado, le contempla mudo y grave. Termina Don Antón sus oraciones y exclama, cubriéndose de nuevo: *Laus Deo. Bonas tardes tinguin.*

He aquí que el diálogo ha muerto. Un aire misterioso, que viene de las entrañas mismas del mundo, parece agitar las palmas de piedra.

Don Miguel, que lee en el fondo de las almas, no pronuncia una palabra más. ¿Hasta dónde aquella página viva habrá influido en el poema vivo de su alma?

EL LIBRO DEL PUEBLO

Acaba de poner a la venta una obra de extraordinario interés:

Libertadores de América

JOSE DE SAN MARTIN

POR

Alberto Chirardo

50 CENTIMOS

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A. Príncipe de Vergara, 42 y 44.



UNAMUNO Y ALEMANIA

KEYSERLING, DICE:

El mismo predominio distingue todo lo africano. Caracteriza todo el paisaje africano, toda la cultura africana. Y España pertenece desde tiempos remotos al círculo africano de cultura. Su cultura es una expresión particular del espíritu antiquísimo y vigoroso que animaba ya a los pueblos preegipcios y que manifestaba en los árabes o berberiscos con no menos pureza que en los españoles. Es realmente antiquísimo; el que quiera conocer el arte culinario de la Edad de piedra visite hoy a los pastores de las sierras españolas. Y por ser antiquísimo es por lo que únicamente puede ser renovadamente representativo para España el pueblo antiquísimo de los vascos; lo mismo que antaño ocurría con Ignacio de Loyola ocurre hoy con Miguel de Unamuno. Pero por otra parte este espíritu posee un cultivo secular; no hay proletarios entre los españoles castizos. Sólo que este espíritu no es esencialmente europeo, sino africano, y, por tanto, la mejor manera de comprenderlo para nosotros es compararlo con los beduinos. Este espíritu, que se ha mantenido durante milenios en los desiertos y los ha dominado, ha creado por otra parte una estructura correspondiente. Es recio y serio, de voluntad potente y elemental. En los casos extremos, fanático como en las tormentas del desierto. ¿Cuándo apareció de otro modo el español en su grandeza histórica? Pues los españoles que han tenido importancia histórica han sido siempre los castellanos, o bien los que, cualquiera que fuera su sangre, vascos (Ignacio, Unamuno), andaluces (Primo de Rivera), catalanes (Colón) o alemanes (Felipe II), renacían en este espíritu vivo. En el tono sombrío del últimamente mencionado, que creó el monumento de la muerte, entendida cósmicamente, más convincente que existe después de la pirámide de cráneos de Tamerlán, veo yo la mejor prueba de la fuerza elemental del paisaje castellano; él hizo que se secase en el desierto un alma probablemente por naturaleza delicada.

Pero hay más: el recio y serio habitante de los desiertos, por otra parte, debe ser fantástico de algún modo. Todo morador del desierto es por naturaleza quijotesco. Es decir, su vida es la imposición de lo mínimo y en su pequeñez obstinado, y, por tanto, ridículo, frente a la inmensidad cósmica. Pero esta imposición sólo parece ridícula a los que están fuera. Para los ojos españoles la figura de Don Quijote no es cómica. Antes, al contrario, les parece la más alta representación del hombre, y esto en un grado mucho mayor que Goethe a los alemanes. Y ¿qué han sido los hechos representativos de los españoles sino quijotadas, desde el Cid, pasando por los conquistadores—Cortés quemó sus naves, Pizarro salió para el Perú con un puñado de hombres—, por la conquista espiritual de San Ignacio, hasta la lucha singular de Miguel de Unamuno, a quien pocos acatan allí como representativo, contra la actual situación de España?

El habitante del desierto es duro y al mismo tiempo fantástico. Pero ante todo tiene ansia de vida, pues el desierto muerto grita en demanda de vida. Sólo que este sentimiento de la vida es totalmente realista. No sueña con ningún alma etérea, sabe que es de carne y sangre. No olvidará nunca cuando Unamuno, para demostrarme la persistencia del padre en el hijo, me refería cómo su hijo en una ocasión escribió durante horas sobre la mesa de mármol de un café: Soy de carne, soy de carne [en castella-

no en el original] exactamente como él mismo. El sentimiento originario del español es el ser carne, no el ser espíritu. De aquí el matiz singularmente práctico e incluso *terre-à-terre* de la fantástica española; el original de la balada de Shiller que arrojaba a la dama a la cara el guante sacado de las garras del león, por exponer a hombres bien nacidos a innecesarios peligros de muerte. Pero, por otra parte, el habitante de los desiertos tiene conciencia en primer término de lo trágico de la vida. Así los mejores Cristos españoles representan al Salvador agonizando. Junto con la vida afirma el español la muerte, junto con la vida ama la sangre, su símbolo más inmediato. De aquí que las corridas de toros sean indeseables. En ellas se desahogan el valor varonil y el placer de la sangre, pero no la crueldad. El español no es cruel; crueles sólo lo son las gentes mezquinas. Llamar al amor a la sangre, e incluso a la sed de ella, crueldad, no demuestra sino cobardía moral y física, pues quien realmente afirma la vida ha de afirmar también la muerte, y con la muerte, en un modo de libertad, el matar. Cuando no se halla en juego ninguna pasión, el español parece incluso extremadamente humano. No hay cárceles más humanas que las de España. Justamente porque el pueblo sacia su sed de sangre en las corridas es más humano que los pueblos que no confiesan el placer que les produce la sangre; de la misma manera que los cirujanos y las enfermeras suelen ser particularmente alegres y amables. En el mismo sentido España no es en modo alguno un país militarista. Cuando el valor y el placer de la sangre sólo aparecen como valiosos referidos al individuo, pero lo son de un modo incondicional, no hace falta ningún seguro de organización mecánica. Probablemente si se les presentase la cuestión razonablemente, se avendrían mejor al desarme que los alemanes. Mas cuando la voluntad de vivir es tan suprema, se excede. En el espacio vacío de la inmensidad del desierto surge un anhelo frenético de inmortalidad personal, la inmortalidad de carne y hueso. Aquí está la raíz de la certidumbre islámica de la inmortalidad en un paraíso bello como un oasis; la de la doctrina de Unamuno, cuya fuente es la rebelión contra el morir; la de la idea del panteón de El Escorial, que aguarda a reyes no nacidos todavía, ataud sobre ataud. Y digámoslo de paso: sólo en cuanto que únicamente reconoce como real al espíritu, que se encarna en la carne, es católico el español. Hoy lo es dogmáticamente, pues el dogma católico le ha formado tal como es. Pero si alguna vez negase su cristianismo, seguiría siendo católico en contraposición a los no católicos.

CONDE DE KEYSERLING

“AZORIN”

“Old Spain”

“Brandy, mucho brandy”

“Comedia del arte”

En un volumen: 5 PESETAS

RENACIMIENTO

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

Príncipe de Vergara, 42 y 44
MADRID

ERNST ROBERT CURTIUS, DICE:

¿Cómo se forma la fama? Por merecimiento—así opinan los ingenuos. Por el hábito—así creen los rutinarios. Por el azar—así nos enseña el escepticismo.

Ejemplo: Miguel de Unamuno. El hijo de las montañas vascas, cuyo imperialismo espiritual brota de un Iñigo de Loyola. Don Miguel de Unamuno, nacido en 1864, profesor de griego en 1891 en la Universidad de Salamanca (Omnium scientiarum princeps Salmantica docet), heraldo del renacimiento intelectual en España, profeta de su mundial misión religiosa, es desterrado, a comienzos del año 1924, por el “Directorio militar” del dictador Primo de Rivera, en una rocosa isla del Atlántico. La civilización humanitaria protesta. D’Annunzio envía a París palabras flamígeras. Romain Rolland levanta su voz en nombre de la conciencia del mundo. El liberal “Quotidien” organiza una expedición para librar al mártir. Se logra. El sexagenario Unamuno es traído a París. Los diarios se apoderan de ello. La resonancia mundial está lograda. La gloria más universal resplandece sobre el desterrado.

La gloria... o la publicidad. (¡Muy parecido! ¡Lo mismo!) Tan discutible el camino como digno de agradecimiento el resultado. Los reflectores de la política han enfocado un acierto casual. El dictador propone (¿propone?), pero Dios dispone. Agradecemos al señor general que su cólera haya hecho brillar, colocándolo ante las candelillas de la publicidad, a un poeta, a un pensador, a un profeta. El dictador, a pesar suyo, ha hecho ampliamente visible a un guía intelectual de nuestro presente europeo.

El que ahora veamos la figura intelectual de Unamuno tenemos que agradecerlo al cabezalla del fascismo ibérico y al reclamo mundial de la Prensa liberal. Aprovechemos la situación. Sirvámonos de ella para deducir consecuencias naturales.

Es una ironía, como aquella de que la Historia gusta, que el mensaje de Unamuno sea propagado por el setembrismo de la Humanidad y del progreso. Dicho sea entre nosotros, los Naphtas de la reacción (para no salir del mundo de Tomás Mann) tienen mayor derecho sobre él. Claro es que, mirado más de cerca, satisface tan poco a la reacción como al progreso, a los que viven del pasado como a los que piensan en el futuro.

La razón es sencilla. Unamuno no cree en el pasado, como tampoco en el porvenir, porque él no cree en el tiempo. El cree... en la eternidad. Es el Don Quijote de la inmortalidad.

No se quiera comprender ésta como flor retórica. Unamuno sostiene con toda seriedad que el problema básico de toda filosofía es la permanencia del alma. Niega las pálidas nebulosidades del panteísmo. Exige del mundo—o del sobremundo—que su yo, el mío, el tuyo, todo yo viva y actúe en toda la eternidad. Esta es la tesis fundamental de su obra filosófica capital: *El sentimiento trágico de la vida*. Apareció un año antes de la guerra mundial.

Unamuno es eternista. El pensamiento más hermoso de sus escritos es, para mí, la afirmación incidental de su primera obra, llena de significado, sobre el alma de España: *En torno al casticismo* 18905, en la que dice: “Los que viven en la Historia se hacen sordos para el silencio.”

Unamuno nos imprime la saludable verdad de que la Historia es la crónica de los fracasos, el registro de los descalabros del mundo del espíritu.

No es cierto lo que creyó del optimismo idealista de los clásicos alemanes; que la Historia sea la realización de todas las posibilidades; que dé cuerpo a lo que la idea traza. La Historia produce sólo fragmentos. El todo, la verdad, la realidad (la esencia)—la medida completa de lo divino y de lo humano—no entra nunca en el tono de lo terrestre. Lo que se ha realizado en el tiempo es sólo chapucera y pacotilla. Nosotros deformamos su sea-

tido adorándolo. Su sentido es dejarnos insatisfechos, para que con ello nos crezcan alas, para volar hacia lo eterno.

Unamuno es revolucionario tradicionalista. Nos pide la creencia en la “tradicción eterna”, que no satisface a ninguna tradición histórica. Valiéndose de lo histórico, penetra en lo “intrahistórico”, como él dice en su convincente formulario.

De los escombros de la Historia ha descifrado el alma de su pueblo. Encontró los rasgos eternos del espíritu hispánico en las *Coplas a la muerte*, de Jorge Manrique (hacia 1480), en el Romancero, en los versos de *La vida es sueño*, de Calderón; en la mística de San Juan de la Cruz, y, más profundamente, en los hechos del sin par caballero Don Quijote de la Mancha.

La inmortal novela de Cervantes es para los españoles lo que la *Divina comedia* para los italianos, lo que el *Fausto* para los alemanes (lo que los franceses no tienen, lo que para los ingleses no es Shakespeare), el símbolo milenario del espíritu de su pueblo. Unamuno llama al Don Quijote “el Cristo español” y define el quijotismo como la religión nacional. Su interpretación alegórica (*Vida de Don Quijote y Sancho*, aclarada y comentada según Miguel de Cervantes Saavedra 1905, segunda edición 1914), es un ejemplo memorable para la renovación de una herencia espiritual de carácter nacional sacada del sentimiento de la vida de un tiempo renova. Está escrita contra los cervantistas; frecuentemente, contra el mismo Cervantes (Unamuno le reprocha no haber comprendido el mito de Don Quijote) y para la España de hoy y de siempre.

(Don Quijote es el loco patético que toma las posadas por castillos, las libertinas maritornes por princesas y la bacía del barbero por el yelmo de Mambrino. Un rebaño es para él un ejército; una aldeana que huele a ajo, la sin par y graciosa Dulcinea del Toboso, sólo que encantada. Quijotismo es: la transformación de la realidad por la visión. El bachiller Sansón Carrasco diría por astigmatismo.

La misma interpretación de Unamuno es un fenómeno del quijotismo. Pues él ofrece el Quijote de su visión, no el de Cervantes. Pero afirma que *su Quijote* es el auténtico. Cree en su mundo encantado. ¿Quién puede separar el sueño de la realidad. Para Unamuno el mundo es un sueño de Dios y nuestra inmortalidad la permanencia de la vida en el recuerdo de Dios.

(Traducción del alemán de M. García Blanco.

La intelectualidad de Alemania y Unamuno

Los profesores y escritores alemanes que a continuación se indican enviaron a don Miguel de Unamuno el siguiente mensaje de salutación:

“Con motivo de su gloriosa vuelta del honoroso destierro, soportado con noble orgullo, saludan al valiente luchador, gran poeta y filósofo don Miguel de Unamuno sus amigos alemanes.—Profesor Einstein, de Berlín; profesor Driesch, de Léipzig; profesor Vossler, de Munich; profesor Heller, de Berlín; profesor Radbruch, de Heidelberg; profesor Walter Kinkel, Heinrich Mann, Alfred Doebelin, Leonhard Frank, Arnold Zweig, Zuckmeyer, Ernest Toller, Arnold Nadel, Theodor Wolff, Alfred Kerr, Georg Bernhard, Paul Schaeffer, Kaethe Kollwitz; profesor Gerstein, Hermann Thimig, doctor Hausenstein, Félix Stoessinger, Joseph Bloch, doctor Buek, Ernest Curtius T. Deubler.

También la Liga alemana de los Derechos del Hombre ha enviado un mensaje de salutación a don Miguel de Unamuno.

Unamuno y Francia

Por Jean Cassou

El no querría que en un estudio consagrado a él se tratase de analizar sus ideas. De los dos capítulos de que se compone habitualmente este género de ensayos—El Hombre; sus ideas—, él no puede concebir más que el primero. La ideocracia es la más terrible de las dictaduras que él haya tratado de derribar. Mejor vale—en el estudio de un hombre—conceder un capítulo a sus palabras que a sus ideas. El hombre, ¿no es el estilo? "Los sentidos—ha dicho Pascal antes de Buffon—reciben de las palabras su dignidad en vez de concedérsela." Unamuno no tiene ideas; él es las ideas que las de los otros llegan a ser en él; al azar, tal como se encuentra con ellas; al azar de esos paseos por Salamanca, donde encuentra a Cervantes y Fray Luis de León; al azar de esos viajes espirituales que le conducen a Port Royal, a Atenas o a Copenhague, patria de Soren Kjerkegaard; al azar de ese viaje real que le llevó a París, donde se mezcló inocentemente y sin asombrarse jamás, a nuestro Carnaval.

Esta ausencia de ideas con este perpetuo monólogo donde todas las ideas del mundo se juntan para convertirse en problema personal, pasión viva, prueba que quemá, patético egoísmo, no ha dejado de sorprender a los franceses, grandes amigos de las conversaciones o cambios de ideas, sabia dialéctica tras la cual está convenido que la inquietud individual se velará limpiamente hasta olvidarse de sí misma y perderse, también, grandes amigos de las entrevistas y las encuestas por las cuales el espíritu cede a las sugerencias de un periodista, el cual conoce bien a su público y sabe los problemas generales y actuales a los cuales hay necesariamente que dar una respuesta, los puntos sobre los cuales es oportuno hacer nacer el escándalo, aquellos otros contrarios que exigen una solución conciliadora. Pero, ¿qué tiene que ver con esto el soliloquio de un viejo español que no quiere morir?

En la marcha de nuestra especie se produce una perpetua y entristecedora degradación de energía, toda generación se desarrolla con una pérdida más o menos constante del sentido humano del absoluto humano. Solos, algunos individuos se asombran porque en su avidez terrible no quieren perder nada, sino más aún, ganarlo todo. Es la preocupación de Pascal, que no puede comprender que uno se distraiga de ello. Es el cuidado de los grandes españoles para quienes las ideas y todo lo que puede constituir una economía provisional—moral o política—no tiene ningún interés; ellos no tienen más que la economía de lo individual que nace de lo eterno. Y, para Unamuno, hacer política es también salvarse. Es defender su persona, afirmarla, hacerla entrar para siempre en la historia. No es asegurar el triunfo de una doctrina o un partido, acrecentar el territorio nacional o derribar un orden social. También Unamuno hace política, pero no puede entenderse con ningún político. Los decepciona a todos y sus polémicas se pierden en la confusión porque es consigo mismo con quien polemiza. El Rey, el dictador... de buena gana los haría personajes de su escena interior. Como ha hecho con el Hombre-Kant o con Don Quijote.

Así, Unamuno, se encuentra con sus contemporáneos en una continua incompreensión. Político para quien las fórmulas de interés general no representan nada; novelista y dramaturgo que hace palidecer a todo lo que se puede contar sobre la observación de la realidad y del juego de las pasiones; poeta que no concibe ningún ideal de belleza soberana,

Unamuno, feroz y sin generosidad, ignora todos los sistemas, todos los principios, todo lo que es exterior y objetivo. Su pensamiento, como el de Nietzsche, es impotente para expresarse bajo la forma discursiva. Sin llegar a amontonarse en aforismos y forjarse a martillazos, es como el del poeta filósofo, ocasional y sujeto a las acciones más diversas. Sólo lo determina el acontecimiento personal, necesita un excitante y una resistencia, es un pensamiento esencialmente exegético. Unamuno, que no tiene una doctrina suya, sólo ha escrito libros de comentarios: comentarios a Don Quijote, comentarios al Cristo de Velázquez, comentarios a las golondrinas de Bécquer, comentarios a los discursos de Primo de Rivera. Sobre todo, comentarios a todas esas cosas, en tanto que ellas afectaban a la integridad de D. Miguel de Unamuno, su conservación, su vida terrestre y futura.

Del mismo modo, Unamuno poeta, es completamente poeta de circunstancia—en el sentido más vasto de la palabra—. Siempre canta alguna cosa. La poesía no es para él ese ideal de sí mismo, como podría ser nutrido por un Góngora. Tormentoso y bravo como un prosopopeo del Renacimiento, Unamuno experimenta a veces la necesidad de clamar bajo forma lírica sus recuerdos de infancia, su fe, sus esperanzas, los dolores de su destierro. El arte de los versos no es para él una ocasión de abandonarse. Es, al contrario, una ocasión—más alta solamente y más necesaria—de afirmarse y recogerse. En las vastas perspectivas de esta poesía oratoria, dura, robusta y romántica, él es el mismo, más potentemente aún y del todo dichoso por este triunfo más difícil que él ejerce sobre la materia verbal y sobre el tiempo.

Habiendo apartado de Unamuno todo lo que no es él mismo, coloquémonos en el centro de su resistencia; el hombre aparece, formado, dibujado en toda su realidad física. Marcha derecho llevando consigo adonde quiera vaya, adonde quiera pasee—sobre esta hermosa plaza barroca y toda dorada de Salamanca, o en las calles de París, o en los caminos del país vasco a lo largo de la frontera de la patria perdida—su inagotable monólogo, siempre el mismo, a pesar de la riqueza de sus variantes. Es completamente de la raza de Kjerkegaard, de Brand, de Ibsen, del P. Loyson, de todos esos feroces pastores irreductibles a todo lo que no es su dolorosa verdad, su sed de dolor y de verdad; con ellos depende de ese mundo ideal que el Protestantismo hubiese podido representar si hubiese guardado su sentido de protesta, si hubiese caído en otras manos que las de los rutinarios, si hubiera sido lo que hubiera debido ser, la religión del individuo y no el código de la secta. Nervioso, esbelto, vestido con lo que él llama su uniforme civil, la cabeza firme sobre hombros que no han podido jamás—ni aun en tiempo de nieve—soportar un abrigo, Don Miguel va siempre delante de sí, indiferente a la calidad de sus auditores, siguiendo así el ejemplo de su maestro que discurría ante los pastores como ante los duques, y persigue el trágico juego verbal, por el cual—eso aparte—no es engañado. ¿Todo ese concepto, esos juegos filológicos lo expresarán, lo prolongarán más? Con Unamuno tocamos el fondo del nihilismo español. Comprendemos que este mundo depende en tal modo del sueño, que no merece siquiera ser soñado bajo una forma sistemática. Y si los filósofos se han

aventurado a ello, es sin duda por exceso de candor. Han sido cazados en su propia trampa. No han visto la parte de ellos mismos, la parte de sueño personal que ponían en su esfuerzo. Unamuno, más lúcido, se ve obligado a pararse en todo momento para contradecirse y negarse. Porque él muere constantemente.

Pero ¿por qué los azares y las concordancias del mundo habrían producido este accidente: Miguel de Unamuno, sino

para que dure y se eternice? Y suspendido entre el polo de la nada y el de la permanencia, continúa sufriendo este combate de su existencia cotidiana, donde el menor acontecimiento reviste la importancia más trágica; ninguno de sus gestos puede someterse a este ordenamiento objetivo, y establecido por el cual regulamos los nuestros. Los suyos están en dependencia de un deseo más alto; los incorpora a su deseo de permanecer.

Unamuno e Italia

Por Giovanni Papini

El último, el más afortunado y profundo entre los exégetas de Don Quijote es Miguel de Unamuno. Este hombre es el único entre sus coterráneos contemporáneos que haya conseguido atravesar con su fama el Mediterráneo y que haya hecho un cierto rumor en Italia... Dejando a un lado la pura literatura, es el espíritu más representativo en la España de hoy. El es para su país algo semejante a lo que fué Carlyle para Inglaterra y Fichte para Alemania.

Su actividad de apóstol espiritual, que se ha desarrollado después de las amarguras y los envilecimientos de la derrota americana, tiene alguna relación con la de los dos animadores germánicos. El busca, como Fichte, de resucitar con una fuerte disciplina moral asidua las tradiciones más intactas de la pasada existencia ibérica, los ánimos demolidos de sus conciudadanos, y se vale, como Carlyle, de la lírica para que su pueblo, que no tuvo filosofía propia y que de tanto tiempo está al margen de las modernas corrientes europeas, vuelva a encontrar en el idealismo moderno nuevas razones de vida más intensa y de grandeza más pura.

Este comentario a la obra maestra de su literatura es el más animoso mensaje de su apostolado nacional.

Don Quijote resucita allí en una atmósfera de espiritualidad, en un mundo de conceptos típicos y místicos; pero esta atmósfera, este mundo, son rígida-

mente españoles... En este libro vive un Don Quijote ideal, idealizado, transfigurado, que tiene con el de Cervantes la única concordancia de los ideales exteriores; pero tal vivificación magnífica no es hecha por un filósofo extranjero y cosmopolita que vea en el santo caballero solamente ideas abstractas y universales creadas para todo tiempo, para todo país y para todo cerebro, sino de un poeta filósofo místico español, nacido en la misma tierra que su héroe, cristiano como él, loco como él, y que escudriña en la esencia del quijotismo la verdadera puerta principal para entrar en el alma misma de su patria.

Sin embargo, esta obra no es solamente el comentario apasionado a una obra maestra, sino es al mismo tiempo el ensayo de una psicología de la raza española en sus más sublimes momentos. Unamuno no ve su Don Quijote tan solitario como podía imaginarse un extraño. No es un loco, no es un anormal, no es un aislado. Como todos los biógrafos, Unamuno pone en parangón a su héroe con otros héroes que se llaman el Cid, Santa Teresa, Pizarro, Ignacio de Loyola... hasta la sombra del Crucifijo.

El Don Quijote de Unamuno es profundo. No es monocorde, no tiene un carácter sólo, no encarna una idea fija. El vasco trata al manchego como una auténtica personalidad histórica, como un santo laico del que Cervantes habría sido el único e imperfecto evangelista.

Unamuno e Inglaterra

Por Aubrey F. G. Bell

La mayor parte de su obra, particularmente de ensayos, es sobremanera estimulante, suscitadora de ideas. Ella tiene un vigor que no es en absoluto latino. Unamuno ha logrado, sólo por fuerza de su personalidad, hacer de su prosa un instrumento personal, eficaz. El valor esencial de su obra no es su calidad estética, tampoco su pensamiento, sino su poder de atracción y repulsión, de colocar al lector en circunstancias que le hagan decidir por sí mismo. Y este elemento de libertad es en extremo grato en una época como la nuestra, en que la educación tiende cada vez más a reducir a los hombres a una uniformidad de superficie, como perros de agua pelados por la misma tijera. En medio de esta uniformidad, Unamuno procura sondar y aguijonear con paradojas el espíritu de los demás, lo cual es una operación dolorosa, pero sana. El quiere y comprende a España y Castilla, y aunque la base de muchas de sus ideas, o, lo que es lo mismo, el punto de partida de ellas, es de origen extranjero, y aunque Unamuno haya leído todas las literaturas de Europa actuales y de otro tiempo, especialmente la inglesa, es cierto que Unamuno es esencialmente

español, podría decirse ibero, y su mente, sobremanera original.

Con su energía, con su penetración y sutileza, con su gran persistencia, Unamuno hubiera podido sobresalir en un género literario. Pero especializándose hubiera dejado de mostrarse en su integridad. Tal cual es, siempre se ha reservado una curiosidad activa bajo su erudición, y sus voraces lecturas no han mellado, antes bien, han afilado su apetito por saber. Incansable en excursiones a través de todo el pensamiento moderno y antiguo—como también por los más apartados lugares de España—, él ha enriquecido su personalidad, poniéndose sin reservas a recibir ideas e impresiones. De este modo, Unamuno se levanta cada día con la frente en blanco, capaz de recibir todas las sugerencias, y no podemos esperar de él ninguna obra sistemática, ni en idea ni en filosofía. "Siempre he creído que lo importante no es saber cosas deprisa, sino saberlas bien", dice Unamuno. Un sentimiento éste muy español, que va en contra de la civilización moderna. Pero la inteligencia penetrante de Miguel de Unamuno coge la esencia de una cosa y sigue inmediatamente hacia otra, sin tiempo de ordenar, comparar, clasificar o edificar.

AMÉRICA Y UNAMUNO

Una opinión

Unamuno es, según mi opinión, un poeta. Un poeta, un fuerte poeta. Su misma técnica es mi agrado. Para expresarse así hay que saber mucha armonía y mucho contrapunto. Lo que parece claudicación es uso de sabio procedimiento.

Y notar que entre esos poemas que parecen recitados de súbito entre aplicación rara, consciente versolibrismo, suelen brotar profundos y melodiosos sonos de órgano que habrían regocijado al Salmista. Eso es lo que más gusto en él, sus efusiones, sus escapadas jaculatorias hacia lo sagrado de la eternidad.

RUBÉN DARÍO

Sucinta apreciación de Unamuno

I

ESTIRPE DEL PERSONAJE

Lo primero que debemos hacer al hablar de un pensador de acción social intensa es identificarlo, filiarlo, conocerlo en cuanto hombre y en cuanto espíritu, en relación con su país y con su misma familia universal de espíritus.

¿Qué puesto ocupa Unamuno en su país? ¿Qué relación de humanidad y de sentir tiene con otras figuras universales?

Creo a Unamuno—al revolucionario Unamuno—dentro de la tradición de España, de la conservadora España, campeón histórico de muchas malas causas.

Ahora falta saber de qué tradición. Salta a la vista que no será de la tradición de Torquemada y Felipe II. Pero es que al lado de esa tradición caudalosa de retardatarios, absolutistas, teócratas y perseguidores—que imprime desgraciadamente carácter histórico a España—existe otra, minoritaria, oscurecida, sacrificada; una tradición de grandes hombres, víctima de los grandes lobos.

Esos hombres son ahora honor de España, después de haber sido sus víctimas. Después de haber sido devorados, en una u otra forma, por el medio social en que vivieron, en que lucharon, y que no pudieron variar.

A esa egregia minoría pertenece, por ejemplo, Vitoria, precursor de Grocio: aquel español buscaba legitimar el derecho que tienen los perseguidos a no serlo, y también buscó una regla moral para que a ella se atuvieran en sus relaciones los hombres con los hombres y los Estados con los Estados.

Si Vitoria pertenece en Derecho a esa minoría, también pertenecen a ella, en Literatura, Cervantes; en Mística, Santa Teresa, y en Filantropía, Bartolomé de las Casas. De Cervantes no hay que hablar: todos conocemos o adivinamos su enorme drama ("con la Iglesia topamos, amigo Sancho"), tan bien comprendido por el más puntual de sus biógrafos críticos: D. Américo Castro. Santa Teresa tuvo, como Unamuno, la gran virtud de la sinceridad, el arrebatado del pasional y la audacia de poner su sensibilidad enfermiza y su idealismo práctico por encima de la religión oficial e hipócrita, el catolicismo formulista y bajamente pragmático. En cuanto a Las Casas, fué un San Francisco de sangre española. Es decir, un hombre traspasado de amor por los humildes; pero que en vez de ser manso contemplativo o benefactor pacífico, fué luchador empedernido en favor de los débiles.

Esa tradición española—que pudiera enriquecerse con algunos nombres de Ciencia y muchos nombres políticos—entronca con la tradición universal de próceres del pensamiento y de la acción, ennoblecedora de la especie humana. A esa tradición no la limitan patrias ni fronteras: a ella pertenece la flor del género humano, desde Sócrates y Jesucristo hasta Guillermo Tell, Bolívar, Karl Marx y el hindú Ghandi.

A esa estirpe clara pertenece el español Miguel de Unamuno.

II

CARACTER DE LA OBRA

Si estudiamos las obras de Unamuno advertimos que no son únicamente libros buenos desde el punto de vista de la Literatura, sino que son también buenas acciones.

Al leerlos advertimos que no se trata de un retórico, sino de un hombre, y lo que es más: de un alma.

En su glosa a la *Vida de Don Quijote* lo vemos preocupado por el idealismo del héroe y por esta lección de su vida: la bondad conduce al ridículo; pero hay que ser buenos. Ser bueno es ser grande.

En su drama *Todo un hombre*, el título es ya revelador. El autor coloca la entereza humana por encima de todo. Asigna a la hombría lo que es de ella: no el desplante, no la fanfarronería, sino una ciega confianza en sí, un absoluto desdén por todo, principalmente por las preocupaciones de la estulticia. Un hombre es un ser libre. Un hombre, un hombre verdadero, debe ser superior a todo, incluso a la vida, incluso a la muerte. Filosofía de estirpe senequiana. Sólo que Séneca se contentó con imaginar la doctrina. El héroe de Unamuno y Unamuno mismo, la viven.

En *El sentimiento trágico de la vida*, sorprendemos el secreto y el drama de su espíritu: la inconformidad con la vida, el ansia de eternidad.

Esta obra obliga a considerar a Unamuno en cuanto filósofo. Más que lo que llamamos filósofo, es un pensador. La filosofía está en Unamuno como la religión en Jesús: en lo íntimo de su espíritu. Las hibles doctrinas de Jesús, que se saca del alma aquella naturaleza de excepción, son muy otras que la teología de los doctores.

Así Unamuno y los filósofos.

Su pensamiento ha corrido siempre ágil, espontáneo, como el potro joven en la pampa materna. La ciencia, como el arnés al potro, ha podido engalanarlo, no prestarle condiciones innatas en él. No vive de ideologías, vive de alma; no vive de glosas y coincidencias sistemáticas, vive de medula propia de la propia sustancia. Parece que su espíritu—en el fondo religioso—haya dicho, como Jesús: "dar, vale más que aceptar".

III

ACCION POLITICA

Un inconforme con la vida, y además con cierto fondo senequista—que lo obliga a sentirse hombre aun en medio de las mayores calamidades—y además cristiano, con el cristianismo del Jesús que echó del templo a los mercaderes, y además con temperamento de buen ciudadano—que lo induce al bien de la República—, y además con suficiente voluntad para arrostrarlo todo, es, naturalmente, un elemento peligroso en una sociedad corrompida o injusta, en un Estado tiránico.

Tal sujeto, desnudo de pavor, lleno de un sentimiento de dignidad humana y con desdén insigne por cuanto no sea bueno y verdadero, debe inspirar mucho respeto y algún temor. Hombre así lleva una tea encendida y busca anheloso el polvorín.

Y, sin embargo, los hombres de la usurpación han perseguido al hombre del Derecho; los migueletes a D. Miguel.

Los que han perseguido a Unamuno, botarates de ciento en libra, ignoraban el peligro a que se expusieron. Antes de haber abierto los inútiles paraguas bajo la lluvia de flechas y de generosas iras, ¿han pensado a quién hostigaban? Los besugos no piensan. Bueno será que alguien piense por ellos, y les diga: hombres como Unamuno deben ser, por muchas razones, mayormente por espíritu de conservación, sagrados.

Si existieran en una sociedad injusta muchos audaces inconformes de semejante calibre, o mejora la injusta sociedad o salta en astillas.

Esa es la acción social que corresponde, en momentos críticos, a hombres como a Unamuno.

Y Unamuno luce hasta esa gloria: no ha defraudado a la comunidad, en lo que la comunidad tenía derecho a esperar de él. Supo, llegado el momento, obedecer a su destino de perseguido y de reformador. O, en otros términos: de mártir y de libertador.

IV

RESUMEN, O COMPRIMIDO DEL PERSONAJE

No resulta fácil juzgar de prisa, por encargo y en breves líneas a un personaje como don Miguel de Unamuno, cuyos estudios y cuyas enseñanzas han tomado direcciones múltiples. Más fácil sería considerarlo, por algunas de sus facetas, no ya en breves líneas, sino en brevísimas palabras. Sin razonar el juicio, afirmándolo en sentencias.

Así podemos decir:

Unamuno, político, es un gran ciudadano. En momentos aflictivos para la República ha sabido ejemplarizar con su viril ciudadanía.

Literato, es un escritor paradójico, inharmónico, arrebatado, sincero, de mucha fuerza expresiva.

Pensador, un alma preocupada de eternidad: la vida como preparación para la muerte, la muerte como continuación de la vida. Todo sancionado por la propia conciencia, exigente, vigilante. Y en fin de fines, la conciencia máxima: Dios.

Maestro—y no sólo de latín y de griego—, Maestro, y no sólo profesor, ha enseñado siempre, aun sin proponérselo. Se saca las perlas del alma, no las extrae paciente (como tantos otros) de libros extranjeros, limitándose a montarlas al aire en una retórica de filigrana.

Hombre, perfecta persona de bien, ajeno a toda envidia. Seguro de su fuerza, busca a sus pares y no el vano cortejo de intensos discípulos disciplinados. Varón apostólico, de carácter diamantino, con la boca llena de verdades y con una vida clara vivida en casa de cristal. Hasta en su figura física es grande. Hasta su barba es blanca, pura. Hasta sus ojos fosforecen, ya en los umbrales de su augusta ancianidad. ¡Hombre oceánico! Por su hondura, por sus tempestades, por su belleza, por sus perlas, el mar.

R. BLANCO-FOMBONA

Norteamérica: Visión de John dos Passos

Miguel de Unamuno vive ahora en Hendaya, desterrado. No sabe uno si en España o en cualquier otra parte la libertad académica será un hecho más efectivo que cuando Giner de los Ríos y sus amigos defendieron sus derechos, hace cincuenta años. Su valentía y los incidentes de la opresión política han aislado a Unamuno, dejándole como último y mayor representante de la generación del 98. Su vida es el mejor ejemplo del nuevo quijotismo que enseña. Un vasco en la tierra de Loyola es, en muchos sentidos, el reverso de Giner, que era austero como el caminante que no come ni bebe demasiado para que el camino sea más largo y más placentero, mientras que Unamuno es austero religiosa y místicamente. Giner de los Ríos era el campeón de la vida; Unamuno es el campeón de la muerte. He aquí su credo, uno de sus credos, tomado del prefacio de su *Vida de Don Quijote y Sancho*:

Es el valor que más falta nos hace: el de afrontar el ridículo. El ridículo es el arma que manejan todos los miserables bachilleres, barberos, curas, canónigos y duques que guardan escondido el sepulcro del Caballero de la Locura. Caballero que hizo reír a todo el mundo; pero que nunca soltó un chiste. Tenía el alma demasiado grande para pa- rir chistes. Hizo reír con su seriedad.

Empieza, pues, amigo, a hacer de Pedro el Ermitaño y llama a las gentes a que se te unan, se nos unan, y vayamos todos a rescatar ese sepulcro, que no sabemos dónde está. La cruzada misma nos revelará el sagrado lugar.

... ..
¡Poneos en marcha! ¡Qué adónde vais! La estrella lo dirá: ¡al sepulcro! ¡Qué vamos a hacer en el camino, mientras marchamos? ¡Qué? ¡Luchar! Luchar, y ¿cómo?

¿Cómo? ¡Tropezáis con uno que miente?, gritadle a la cara: ¡Mentira!, y jadelante! ¡Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta?, gritadles: ¡Estúpidos!, y jadelante! ¡Adelante siempre!

En lugar de los racionalistas y humanistas del Norte, los ídolos de Unamuno son los místicos, los santos, los sensualistas de Castilla, hombres duros y fornicados que marchaban con Dios: Loyola, Torquemada, Pizarro, Narváez; que gobernaban con látigos y tornillos y que bebían la muerte ávidamente como vino encabezado. Se entusiasma con la amorosa locura del misticismo de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Su religión es paradójica, desrazonable, de fe sola, llena de furiosas ansias de vida futura. Su estilo es, tiene que serlo, precipitado, áspero, redundante, lleno de frases rotundas, formidables. Hay una vigorosa y colérica insistencia sobre sus dogmas, que hacen sus ensayos inolvidables hasta para quien es tan violentamente opuesto como yo a su ascetismo y a su culto de la muerte. Hay una furia anárquica en su clamar en el desierto, que rescatará a muchos hombres de las "ollas de carne" y de las cuerdas de presos.

En el ábside de la catedral vieja de Salamanca hay un fresco del Juicio Final, obra tal vez del pintor castellano Gallegos. Sobre el retablo, en fondo negro, una imponente figura del ángel vengador blande una espada; detrás de él se desenrolla el pergamino del *Dies Irae* y una baráunda de gordinflones hombres y mujeres desnudas se precipita en el espacio bajo sus pies. En su libro *Del sentimiento trágico de la vida* y en su *Vida de Don Quijote y Sancho* ve uno a veces a este mismo ángel blandir su espada. No por nada vivió Unamuno largo tiempo en la enmohecida y azafranada ciudad de Salamanca, en medio de desnudas colinas rojas que se enarcan contra un enorme cielo plano, en el cual las nubes parecen moles de granito, como catedrales flotantes, tan sólidas son, tan pesadas, tan siniestras. Una tierra en que la aridez y el soplo del viento frío y el latigazo del vino fuerte han hecho a los cerebros crecer, enraizarse en la vida futura; una tierra donde las nubes han sido pisoteadas por los coléricos pies del ángel exterminador. Un Patmos para un nuevo Apocalipsis. Unamuno ataca constante y porfiadamente a los que claman por la modernización, por la europeización de la vida española y del pensamiento español: es el contrapeso de los que suspiran por el Norte, de los apóstoles de Giner de los Ríos.

El árbol típico de Castilla es la encina; árbol, por lo general, de poca altura, que tiene un denso follaje azulado y un tronco nervudo, nudoso y retorcido; crece siempre separado de los otros y en colinas secas. Por los caminos tropieza uno con hombres flacos de manos nudosas y caras morenas curtidas por el sol, que parecen hermanos de las encinas de su tierra. El pensamiento de Unamuno, enfático, solitario, retorcido, forjado a martillazos con frases violentas, fuerte como la encina, retorcido como la encina, es hermano de los caminantes y de las encinas de Castilla.

Unamuno, orador

No es por cierto Unamuno orador a la manera clásica española. Sobrio, justo, sereno, aunque no falto del arranque y la acometividad impetuosa cuando el período lo requiere. Lleva al ánimo del oyente, en forma llena de atractivos, pintoresca y hasta humorística, la convicción de que es dueño. Jugoso, pleno de ideas, dominando en absoluto el tema, no le falla una sola cláusula del discurso construido con arte, con verdadero arte, desdeñoso de la retórica.

Unamuno, en la cumbre de la vida, en la plenitud de su variado y coloreado talento, con el dominio completo de sus facultades y con la autoridad y el prestigio de toda una vida de estudioso y de combatiente, es hoy una de las fuerzas más ponderadas y eficientes de la España pensante.

Así lo he visto, así lo he sentido, así lo han sentido todos los que han escuchado su palabra de orador nuevo, durante hora y media de discurso, sin experimentar un solo instante de fatiga.

Y digo nuevo, porque por ahí, por ese camino, por el de la sobriedad, el arte y las ideas, debe ir, irá seguramente la oratoria, si es que ella ha de seguir figurando como una fuerza afirmativa en la esfera del pensamiento.

Voz, figura, gesto y hasta cierta adustez aparente que yo llamaría austeridad, todo lo tiene este orador que en un momento solemne ha sabido llegar hasta el sentimiento mismo de su pueblo.

ALBERTO GHIRALDO

LOS HEBREOS Y UNAMUNO

"Verbo" de la España semita

Miguel de Unamuno Yugo, hombre infinito que se define callándose, *Hombre* con mayúscula, Cristo peninsular, pulso de España. Un segundo apellido de incierto origen sefardí o morisca, una grandiosidad de profeta bíblico, un rostro profundo que recuerda al desierto..., muchos lazos atan a la España semita la figura de Unamuno—¿por qué no San Unamuno?—, evocadora de truenos y grandes alas.

Unamuno es un esfuerzo hacia la unidad—eterno anhelo del mundo mágico—El salta sobre las contradicciones de alma y cuerpo, progreso y reacción, materialista y romántico, civilización y barbarie, pesimismo y optimismo. El afirma una tercera dirección que acepta el dolor como necesario transformándolo en fuerza motriz, fuerza que no desdeña la fuerza divina ni la busca en la abstracción, que sabiéndolo todo perecedero e irreal—sombra, niebla, sueño—goza de la apariencia fugitiva sabiendo que cada minuto de goce o de dolor puede ser el último y debe aprovecharse—el goce sólo nace del dolor porque sólo por el dolor "se siente" el cuerpo. ¿No es

La crianza del hijo

del

Dr. César Juarros

El libro que deben leer todos los padres para dar a sus hijos una educación integral y ponerlos en condiciones de triunfar definitivamente en la vida.

6 PESETAS

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

Príncipe de Vergara, 42 y 44
MADRID

todo esto la esencia de lo *Jondo*, síntesis andaluza y morisca del más puro semitismo?

Leer a Unamuno inquieta y calma como mirar al mar que es siempre el mismo espectáculo, monótono, pero hechicero a la vez. Mirar al mar calma y lava el espíritu, cambiando el deseo de pensar para ser por la necesidad de ser para pensar, descubriendo el Universo que llevamos dentro. Sólo llegamos a saber que somos cuando previamente hemos sabido dejar de ser, porque la renuncia no es posible si no hay algo a que renunciar, si no se sabe que se renuncia, poder saber que se puede ser y no ser para llegar a ser. Unamuno es un gran acontecimiento biológico; las sensaciones y las palabras se suceden en él encadenadas como los "genes" en la especie. Mueré para vivir y para morir, vive para crear la vida y la muerte, el dolor de la vida y el poder genésico de la Nada. Su renunciamento se dispara como una flecha y se convierte en movimiento encadenado, sinusoidal, en lucha por ser lo que se es.

Y el encadenamiento es la base de toda la acción árabe—el arabesco compuesto siempre de rectas, las Mil y una Noches, la sucesión de los patios en los palacios, las caravanas, la música serpentina, la idea de la persistencia en la perfección, opuesta al mito europeo del progreso—. Árabe es también su apogeo del valor "Hombre". Árabe es su auto-negación constante, y los motivos predicados de sus afanes son los motivos esenciales del canto *jondo*. Pero también es judío por su afán de unidad y su fría visión descarnada de la realidad, visión de hombre agotado sobre las sutilezas del Talmud, inquietud constante de hombre del *ghetto* perseguido por su yo. En todo caso la vida que él siente y describe es algo fluvial, escurridizo, rápido, silencioso. Fatalismo del agua que siempre corre y no es siempre la misma, nuestro yo de ahora que no es el de ayer ni el de mañana, pero que es el de nuestros antepasados y descendientes sin dejar de ser el nuestro de hoy, mañana y ayer. Toda esta constante conjugación del verbo ser surge al exterior con la elocuencia inimitable de los grandes espacios vacíos. Unamuno nombra las cosas con la intención de capturar su fuerza mágica poniéndoles nombre. El mundo como totem. Igual que en El Cairo musulmán o el *ghetto* rabínico de Moscú.

GIL BENUMEYA

él a "uno de los más grandes espíritus de nuestro tiempo y de todos los tiempos"—según frase de Máximo Gorki—, sino también a las grandes masas, orientadas por la prensa soviética sobre su odiosa ciudadana desde la partida para Fuerteventura a su prolongada estancia en Hundaya. Se le esperaba ansiosamente, aun conociendo algunos su hostilidad temperamental irremediable a un régimen que coloca lo colectivo por encima de la individualidad y de la persona. Su figura atraía con singular tentación al proyectarla imaginativamente sobre el panorama único de Yasnáia Poliana. Era fácil representarse allí, más que en la biblioteca, tocado por la curiosidad que a otros invitados invadiera de saber cuál era el último libro que leyera Tolstoi—y en el pequeño atril del cuarto de trabajo está, abierto, un libro de Dostoievski—, en plena naturaleza, hacia el sitio elegido para descansar por aquél que aun yaciente no quería entre él y el horizonte lejano nada que se interpusiese. Yasnáia Poliana se lo perdió. Faltó Unamuno en el conmovedor atardecer de septiembre, mojados los jardines por la lluvia pertinaz y bajo ella, en interminable desfile, centenares de campesinos que de todas partes venían a honrar al gran atormentado y a dejar a veces junto a la tumba una flor. Yasnáia Poliana tendría a estas horas el mejor comentario lírico de su día de conmemoración.

Desde entonces—otoño de 1928—Unamuno ha comenzado a ser traducido en forma ordenada al ruso. Igual que en Alemania, donde ha tenido y tiene por traductor al traductor de Gogol y de Dostoievski, a Otto Buek, uno de los pocos hombres capaces de conversar en versión a otra lengua toda la pasión y la fuerza de su estilo, en Rusia ha caído también en excelentes manos. Abraham Markovitch Efros, uno de los poetas y ensayistas más sutiles de la Rusia actual es quien ha puesto en el idioma de Puchkin las "tres novelas ejemplares". La crítica las ha recibido con entusiasmo parecido al que las obras de Unamuno han suscitado en Alemania, donde su aparición fué como una llamarada en el fondo, por lo general apagado y monótono, de la producción contemporánea.

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

LA GACETA LITERARIA

APARTADO 33

MADRID

La primera en el pecho

Cuando algún teólogo del ateísmo fariseo, como P. L. Couchoud, editó accidentalmente a Unamuno, cuidóse, ante todo, de advertir que se trataba de un católico. Era necesario evitar al lector posibles contaminaciones. Por su parte, hay bien pocos católicos que cuando hablan de Unamuno dejen de señalar su heterodoxia y prueben la autenticidad de su entrañable torcedor religioso. Pocos hay que se arriesguen hasta las almas en atormentada rebeldía; y muchos los invocados por San Juan de la Cruz, en su "no pienses que porque en aquél no relucen las virtudes que tú piensas, no será precioso delante de Dios por lo que tú no piensas".

Al entrar en su tierra, se persigna Unamuno, infiriendo una cruz en el barro, fragante, que está labrando Macho. Y no la hace en la frente; ni tampoco en los labios. La ha trazado en el pecho, porque en el pecho alienta el ímpetu frenético de su pensamiento. ¡Cruzado el corazón que se interpone al cerebro! "Kant reconstruyó con el corazón lo que con la cabeza había abatido", piensa Unamuno.

Pero tampoco la verán, como no vieron la otra cruz que erigió, antes de partir, a la mayor indiferencia de sus apasionados. La cara que ahora da es de una cruz que—solo—le sostenía—siempre—por la espalda: el "leño de la cruz"...

que lleva en viló su temblor sonoro,

y que, sirviendo de estructura a su lirismo, le era férvido soporte:

Sólo la cruz respaldo, el tronco errante

Santo madero en que navega el alma,
tendida entre las dos eternidades.

Para Unamuno, es la cruz esa firme palanca con que el hombre de fe traslada el universo de las montañas..., y es el corazón su punto de apoyo. Los que no vieron en su "Don Quijote" al caballero cristiano, crucificado en aspa, habrán de evidenciar ahora el patetismo de un fervor, encrucijado entre pecho y espalda, de un afán oprimido por el divino sambenito de una fe, en doloroso escapulario, de la cual han brotado—en carne y hueso—los arduos endecasílabos de su imponente "Cristo de Velázquez".

ANTONIO MARICHALAR

felicitate
con
libros.

Unamuno y Rusia

Se le esperaba en Moscú para el centenario de Tolstoi. Su personalidad era no sólo bien familiar a los escritores, que a través de las traducciones al francés y al alemán habían descubierto en

Mío Cid Campeador

por VICENTE HUIDOBRO

Ilustraciones de ONTAÑÓN



La biografía del Cid relatada con el interés de una auténtica novela. El libro que recoge con mano maestra todo el sentido de una época de la historia de España. El libro del Cid Campeador. La más moderna versión de esta figura histórica.

15 pesetas

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

Príncipe de Vergara, 42 y 44. - Madrid

La Gaceta Literaria

A MIGUEL DE UNAMUNO

Pura, como es la nieve
que la frente crestona de alta cima;
así, señora, yergues
la tuya ante el enigma,
de infinito y de humano, pensativa.
Con alentar gigante,
de Titán que en divino forcejeo,
porfiara en arrancarle,
la cifra de lo Eterno
a las heladas cumbres del misterio.
¡Divino gesto humano!
¡Más fácil a la hormiga es la alta sierra
y al más débil gusano,
cima de la miseria,
llegar a las entrañas del Planeta!
Caminas agrias sendas
por serrijos, alcores y barrancas,
pastor de tus ovejas,
en el mirar cuajada
tu fe, de Nazareno, en un mañana.
Ante el dolor, con brío
te acreces, como llama al dulce viento.
Sólo en anhelo místico,
ante el cáliz de duelo,
pides que sea de vida el sufrimiento.
Y de amarilla envidia,
a través de marchitas parameras,
con sangre de tu vida,
vas hitando veredas,
en escalar de cumbres, hacia estrellas.
Entre el atormentado
hervor de las codicias, con tu ejemplo,
tornas a cauce, amargo,
humano desaliento
y haces que presto cruce pasajero.
Turbio rencor, nos quiso
en equino tropel, turbar con cieno,
las linfas de ese río
divino de tu verbo,
que mana de alta sierra, en roca y cielo.
¡En vano! A ti no llega
el salpicar del fango en que se agita.
Ante la absorta bestia,
canta hoy eternidad
tu inaccesible, a él, sabiduría.
Hay muerte que da vida.
En la de ayer ceniza, hoy recia llama
por milagro prendida,
se está forjando el arma,
y la sed de laurel y heroica hazaña.
Llévanos al combate
de tu mano, Profeta, recio Ibero;
a Humanidad lograrle

ese mañana ensueño
suspirado de nieve y dulce anhelo.
Ya por nuevos caminos
de Libertad y Amor; por sendas claras:
puros, bellos, henchidos
de la suprema gracia,
en un divino goce que no acaba.
Y cima de este cielo:
¡Que sublime hermandad que al alma anega,
nos mantenga en el pecho,
viva, siempre, esa hoguera,
ansia de humano amor que te requema!

MIGUEL PEREZ MARTOS

LEA USTED EL TEATRO DE AZORIN

Acaban de ponerse a la venta:

OLD SPAIN BRANDY, MUCHO BRANDY COMEDIA DEL ARTE

Un volumen, 5 pesetas.

Renacimiento, Compañía Ibero-Americana
de Publicaciones (S. A.).—Príncipe de Ver-
gara, 42 y 44.

En carne y hueso

No sé decir nada mejor sobre Unamuno y su vuelta a España que lo que de reciente he oído a un estudiante turbulento, concretando el clamor con que el público asistente al estreno de Sombras de sueño en Valladolid acompañaba del teatro a su hospedaje al ilustre reintegrado. Se habían dado muchos mueras, que el propio D. Miguel quiso interpretar y disculpar públicamente, atribuyéndolos no a la persona a quien iban dirigidos, sino al símbolo en ella encarnado. El estudiante en cuestión, gritó entonces a voz en cuello: ¡Viva Unamuno en carne y hueso!

C. RIVAS CHERIF

SALUDO A DOS AIRES A D. MIGUEL DE UNAMUNO

Maestro:
Ahora que el viento se ha subido a los ángeles
y un banderín rojo es un alma recreándose en
el fuego y el mar vienen de prisa por su es-
[saludos; [palda.
Ahora que se ha cruzado el sol la cara
y un grito destripado se hunde en la marea;
ahora que Dios se incorpora para mirar el
[Mundo,
el placer de vivir firmes se incorpora al alba
[como una perla.
Ahora que huye el crepúsculo entre sus ojos
y se va a libertar al rayo como a un muerto,
[reciente;
ahora que el frenesí incendia mil dedos de
[bronce blanco
y las ideas se aprietan contra el agua crista-
[lizada
como una sombra de luz a nado por el aire...
ahora...
¡glorifiquemos el presente que riza su doble
[huella.

José MARIA LUELMO

La Dirección de LA GACETA LITERARIA
recibirá las visitas miércoles y sábados,
de siete a ocho de la tarde, en PRINCI-
PE DE VERGARA, 42 y 44, MADRID

Fernando Villalón

En prensa este número, nos coge y sobrecoge dolorosamente la muerte de Fernando Villalón, el gran poeta de Sevilla. La noticia de su fallecimiento, triste como pocos, será en el próximo número de LA GACETA LITERARIA comentada con el homenaje necrológico que merece tan grande, tan simpática figura.
Fernando Villalón publicó en poco tiempo tres libros admirables: *Andalucía la baja*, *La Tauriada* y *Romances del 800*. Tres libros que constituyen manifestaciones excepcionales de un caudal poético evidente. Tres libros donde el espíritu de Villalón, tan puro, se producía en imágenes redondas, animadas de un delicioso color local, mediterráneo, andaluz.

Sobre Villalón, ha dicho Díez-Canedo estos días en un certero artículo: "Hablan, sin duda, sus versos del hombre de lectura. Lecturas de clásicos, a los que pidió pautas de versificación, siguiendo una de las direcciones marcadas por los poetas nuevos; lecturas de estos últimos, que le enseñaron la graciosa modulación de motivos arrancados al pueblo. Pero los clásicos y los nuevos le enseñaron lo que él ya sabía, y su aspecto mejor no es de alumno. Hay cierta rudeza en su arte de versificador, esto es, en lo aprendido, que contrasta con lo delicado, genuino y directo de su vena personal, es decir, de sus cualidades nativas. Fernando Villalón dió en la poesía después de haber vivido mucho. La vida de los campos andaluces, en tareas de agricultor y ganadero, le dió un riquísimo fondo de naturaleza."

Sin tiempo para comentar por nuestra parte la obra del gran poeta, aplazamos este comentario para el número próximo de LA GACETA LITERARIA, donde dos figuras jóvenes, Bergamín y Alberti, tan compenetradas con el arte de Villalón, dirán sobre éste su palabra personal.

En el próximo número,

SENSACIONAL ARTICULO DE
RAMON GOMEZ DE LA SERNA
LA GENIAL PINTORA ANGELES SANTOS.

COLOFON

Después de cuatro años de ir—sillar a sillar—, construyendo—número tras número— esta querida Gaceta Literaria, lograda contra vientos y mareas, contra rencores y miserias inevitables ¡qué conmoción a la vuelta de este viraje, el presente congregamiento unánime, casi total, de la literatura española contemporánea (mayores y jóvenes) sobre sus páginas siempre abiertas, altimirantes y objetivas! Este congregamiento en torno a la central y presidente figura de Miguel de Unamuno. Sólo algún que otro escritor de primer rango—vaciló en acudir. Forjador de huesos y casillas en el edificio vi desolado estos escasos desalquileres. Pero la línea general estaba conseguida y el grupo podrá ofrecer sus hombros a la exaltación unamunescas. He la aquí.

Personalmente—aparte de mi emoción operaria y marginal—yo tendría mucho que sentir y decir sobre Unamuno. Lo he sentido y lo he dicho en estos seis años. En esta Gaceta. En mis conferencias. En mis viajes. ¿Pa... qué reiterarlo? Algunos amigos—de Unamuno y míos—saben a qué atenerse de mi Unamuno. El simple curioso puede consultar mi modesta obra escrita. Y en cuanto al mismo Unamuno, me es—heroicamente indiferente—que estime mi unanimitario por unas cuantas líneas al final de tanto y magnífico decir como las preceden.

Que mi callar—al pie de máquina, manchadas las manos de tinta negra, de pruebas—y grasa de rodillos—, sea el mejor colofón en este homenaje, sincero y fuerte, a Miguel de Unamuno en España.

E. GIMENEZ CABALLERO

Obras completas de Unamuno
COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES
MADRID

Librería Española
EN PARIS

LEON SANCHEZ CUESTA

Servicio esmerado, rápido y económico
de libros a todos los países

PARIS (V.º)
10, RUE GAY-LUSSAC

MADRID
CALLE MAYOR, 4

LA GACETA LITERARIA

APARTADO 33
MADRID

COMPAÑIA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS (S. A.)
PRÍNCIPE DE VERGARA, 42 Y 44.—MADRID

MIGUEL DE UNAMUNO



Vida de Don Quijote y Sancho.....	5 pesetas.
Del sentimiento trágico de la vida.....	5 —
Contra esto y aquello.....	4 —
Andanzas y visiones españolas.....	5 —
Paz en la guerra (Novela).....	4 —
Niebla (Novela).....	5 —
Abel Sánchez (Novela).....	4 —
La tía Tula (Novela).....	5 —
Teresa (Poesías).....	4 —

D., domicilio
....., desea los libros
(Pagará contra reembolso.)

Fecha:

Príncipe de Vergara, 42 y 44. MADRID.

Firma: